EL CONDE DE CANDESPINA

NOVELA

POR

Patricio de la Escosura

Iluminaba la luna las altas torres del castillo de Castelar, situado a corta distancia de Zaragoza, una apacible noche de las más templadas del mes de Junio: sólo una centinela interrumpía, con el ruido de sus pasos el profundo silencio que reinaba en torno de la fortaleza, en tanto que el alcaide y la guarnición reposaban descuidados, pues no era de temer en el corazón del reino un ataque.

Así lo pensaba también, sin duda, la ilustre cautiva que en él se encerraba entonces; y la siguiente conversación nos hará juzgar del desaliento y dolor a que se había entregado:

«—Déjame, Leonor; déjame llorar: en esto solo encuentro alivio.—¿Alivio, se»ñora? V. A. destruye su salud.—¿Y qué me importa la salud ni la vida? ¿Para qué »las quiero, si he de pasar mis días en este miserable encierro?—No lo permita »su Divina Majestad, Su Santísima Madre nos protegerá. Yo a lo menos así se »lo ruego en todas mis oraciones.—Y yo le tengo ofrecido un candelero de oro »macizo al Santo Apóstol, patrón de España, si se digna alcanzar por sus méri»tos que yo vuelva a mis reinos.—Y volverá V. A., señora. El corazón me dice »que no hemos de tardar en ver a León.—¡A León!... ¿A León, Leonor? ¡Plugie»ra a Dios! Pero no lo creo.—V. A. pierde el ánimo, señora, y olvida que sus »leales castellanos viven... —¿Leales los castellanos? ¡Traidores! abandonan a »su Reina y natural señora para entregarse a mi marido, mejor diré a mi tirano. »—Aún hay castellanos que aborrecen a Alfonso...—¡Cobardes! y ¿por qué no »desnudan el acero?—No es tarde, señora.—¿No es tarde, y yo estoy cautiva? »Leonor, tú has nacido para ser esclava.—Perdóneme V. A., señora, pero no »puedo resolverme a creer que no haya uno entre tantos como hacían alarde de »adorar a su Reina como a tal, y como a la más cumplida dama...—Leonor, me »adulas.—V. A. sabe mejor que yo que no es lisonja lo que digo, y que los encan»tos de su persona han hecho acaso más vasallos que su poder.—Verdad es que »dicen que ha querido Nuestro Señor poner en mí algo de eso que llaman belle»za; pero tú exageras la causa y los efectos.—¡Ah, señora! si estuviera aquí un »caballero de Castilla, qué bien respondería.—¿Un caballero de Castilla?... No »sé de quién hablas.—Del más galán, del más valiente y también del más enamo»rado.—Bien lo encareces, Leonor. ¿Eres su dama?—¿Yo, señora? No merezco »tanta honra. El campeón de quien hablo ha elevado sus pensamientos a más al»to lugar.—¿Más alto que una rica Hembra de Castilla?—Sí señora; y si V. A. me »permite nombrarle cesará su sorpresa.—No sólo te lo permito sino que te lo »mando.—Es D. Gómez.—¿El Conde de Candespina?—El mismo.—¡Ah!»

Aquí siguió una breve pausa; la camarera, que tal era el empleo de doña Leonor de Guzmán, o no supo qué añadir, o lo que es más probable, no se atrevió a darse por entendida en cuanto a la significación del suspiro con que la Reina de Castilla doña Urraca había terminado la conversación, ni quiso interrumpir las reflexiones a que parecía entregarse su señora.

Después de un largo reinado, en el discurso del cual estuvo casado diferentes veces, D. Alfonso VII de Castilla tuvo la desgracia de perder en la batalla de Uclés, contra los almoravides, al único hijo varón que de todos sus matrimonios le quedaba. Murieron con este Príncipe las esperanzas de su padre, y en el corazón de los grandes de Castilla nació el temor de verse sometidos a una do-

minación extranjera, si se casase con un Príncipe de fuera del reino la Infanta doña Urraca, heredera del trono, hija de D. Alfonso y viuda de D. Ramón de Tolosa, Conde de Galicia, de quien tuvo un hijo llamado como su abuelo. La memoria de la última guerra civil estaba grabada de tal modo en todos los corazones, y eran tan recientes las heridas del Estado, que pecheros, prelados y grandes, resolvieron sacrificar sus particulares intereses a la paz suspirada; y con este objeto se juntaron los magnates del reino en Mazcaraque, donde la mayoría resolvió suplicar al Rey casase a su hija con D. Gómez Salvadores, Conde de Candespina, Oña, Tesla, Cunderechas y Poza. No parece necesario encarecer la nobleza del linaje, valor, discreción y popularidad de este caballero, pues basta saber que los que bajo de todos aspectos podían considerarse como sus iguales, suplicaban que se lo diesen por Rey y Señor, para persuadirse de la superioridad de su mérito y del ascendiente que había sabido adquirir sobre el ánimo de los castellanos.

Era el Conde corpulento, bien formado, de rostro moreno, facciones marcadas y condición más severa en general que afable; pero aunque criado en el ejercicio de las armas, su corazón conservaba más sensibilidad de la que en lo exterior parecía, y acaso de la necesaria para su ventura. Sea pues que la hermosura de doña Urraca, que en efecto era grande, le cautivase, o que la lisonjera perspectiva de reinar en Castilla estimulara su ambición, lo cierto es que don Gómez entró en el proyecto del matrimonio con una vehemencia que casi no podía disimular a pesar de sus esfuerzos. No podremos decir si entonces la Infanta ignoraba o no el amor del Conde; pero es de presumir que lo supiera, pues la dignidad de éste le proporcionaba ocasiones de verle casi diariamente, y la distancia que en aquellos tiempos separaba a un rico hombre de las personas reales, no era comparable a la que hoy media entre los grandes y el trono.

Sin embargo Alfonso VII, a quien cuarenta años de victorias y un carácter firme y decidido habían hecho respetable, supo hacer entrar en su deber aun a los más osados, de tal modo, que no hubo en la junta de Mazcaraque ni uno solo que se atreviera a comunicarle la súplica de los grandes allí reunidos, y proponerle el matrimonio de la Infanta su hija con el Conde de Candespina. Es probable que la tal junta no hubiera llegado siquiera a noticia del Rey, si un médico judío, llamado Cedillo, a quien distinguía particularmente, presumiendo de su privanza más de lo que debía no hubiese tomado a su cargo llevarle el mensaje. Menguada fué para el judío la hora en que tomó tal comisión, pues a pesar de haber esperado largo tiempo momento oportuno, y de no haber arriesgado la súplica sino en los términos más respetuosos y humildes, el Rey al oirla montó en cólera, y mal le avinlera al entremetido médico sino se retirara inmediatamente como se lo mandó D. Alfonso, desterrándolo para siempre de su presencia. No se limitó a este solo efecto el enojo de aquel Príncipe, sino que para manifestar más claramente a los grandes que él solo mandaba en su reino y familia, dispuso y verificó inmediatamente el matrimonio de su hija con Alfonso, entonces Príncipe, y poco después Rey de Aragón, que tuvo efecto en Toledo, a pesar de las mal reprimidas quejas de la nobleza y del clero, y la poca inclinación de doña Urraca hacia su esposo.

Muerto D. Alfonso, le sucedió con arreglo a su última voluntad, doña Urraca, y por ser su marido se aclamó Rey a D. Alfonso de Aragón, quien reuniendo la mayor parte de las coronas españolas se llamó emperador de España.

Sintió Castilla, como era razón, este proceder, y aún lo sintió más su Reina, la cual como en desquite despojó de su gobierno al Conde Ansurez a pesar de haber sido su ayo. Alfonso, creyéndose desairado, primero dió al Conde en su reino magníficas posesiones, y por último, indignado de que su esposa no disimulase el pesar que le causaban las cosas de Castilla, y sobre todo de que manifestase casi en público cuán disgustada estaba con su matrimonio, lamentándose de no haber casado con D. Gómez, la hizo encerrar en el Castillo de Castelar y devolvió a Ansurez su condado haciéndole otras muchas mercedes.

Doña Leonor, dama de la Reina, o más bien su íntima amiga, pues con ella se

Siguiente

había criado, sabía la pasión del Conde de Candespina, y conociendo el carácter caballeresco de éste, y el orgullo nacional de los castellanos, formó desde el momento en que supo que iba la Reina a ser conducida a Castelar, el proyecto de valerse de uno y otro para sacarla de aquella esclavitud, y con este objeto envió un mensaje a D. Gómez, por medio de un criado de toda confianza, a quien hizo partir secretamente la noche de su prisión. Este era el motivo porque tanta esperanza mostraba a doña Urraca; pero ésta, que desde su casamiento no había visto al Conde, ni oído hablar de él más que para ponderar su valor contra los moros de Granada o de Sevilla, se creía ya olvidada, y se contentaba, como hemos visto, con suspirar cuando se hablaba de él.

Engañábase empero: la pasión de D. Gómez, reconcentrándose, había ganado en intensidad todo cuanto se había visto obligado a suprimir en demostraciones exteriores, y si abandonó la corte durante la vida de Alfonso de Castilla fué para no exponerse a manifestar lo que pasaba dentro de su corazón. Sus asuntos domésticos le condujeron a Candespina, y allí le halló el mensaje de Leonor, en el cual le conjuraba por cuanto hay de sagrado para un vasallo, caballero y amante, que corriese, sin perdonar riesgo ni fatiga alguna, a libertar a su Reina de los hierros en que la crueldad de Alfonso la tenía.

Los efectos de la chispa eléctrica no son más rápidos que lo fué el que esta noticia hizo en el inflamable D. Gómez. Recibirla, reunir algunos de sus mejores amigos, montar a caballo y partir para el Aragón fué obra de tan pocas horas, que ya estaba cerca de Zaragoza cuando en Castilla se le echó de menos.

Caprichosa a fuer de bella, altanera en extremo, inconstante en el amor, implacable en el odio, soberbia en la prosperidad, débil en la desgracia, Urraca era querida de muy pocos; pero su nacimiento, su hermosura y las gracias que sabía desplegar con aquellas personas que creía de su interés tener contentas, la habían sin embargo adquirido algunos partidarios de corazón, a más de los que sus derechos incontestables al trono de Castilla, y los cálculos de propia conveniencia de algunos unieron a ella en lo sucesivo; mas en el momento sólo podía contar con el Conde, a quien creía demasiado lejano para socorrerla.

***

«—Por San Pedro, Conde, que vos solo seríais capaz de tal empresa.—¿Y »por qué no cualquiera otro?, las haciendas y las vidas de los vasallos son pro»piedad de los reyes.—En buen hora, lo sé tan bien como vos. Pero lo que aho»ra hacemos, Dios me perdone si no es provocar al mismo demonio.—Si os pesa, »Hernando de Olea, podeis volveros, que no os habremos menester tanto que no »concluyamos la demanda sin vos.—¡Voto al...—No votéis a nada, que habremos »menester la ayuda de todos los santos, y no será justo provocar su enojo con »juramentos.—Ya lo sé que no debo votar, pero lo que me habéis dicho, Conde, »lo que me habéis dicho, a no ser vos...—Bueno está, Hernando, bueno está. Per»donad mi justo enojo. ¿Quién os ha dicho, Hernando, que yo voy a combatir »cuerpo a cuerpo con todo el ejército de Aragón? Mi plan es caminar por sendas »poco frecuentadas y llegar sin ser visto a Castelar. Los montes de Aragón me »son bien conocidos, he hecho la guerra en ellos más de una vez, y yo os fío que »llegaremos seguros.—Así sea.»

Entre todos los que acompañaban al Conde, aunque la mayor parte nobles, ninguno lo era tanto ni privaba con él como Hernando de Olea, su deudo y hermano de armas, quien por su parte le amaba entrañablemente.

En los ocho días que duró su viaje, se ocuparon únicamente del modo de dar fin a su empresa, que no presentaba pocas dificultades, pues era de presumir que la vigilancia del alcaide de Castelar sería proporcionada a la importancia del objeto que estaba a su cargo; y por otra parte las pocas fuerzas del Conde no le permitían presentarse a cara descubierta a sitiar la fortaleza. Media legua antes de llegar al Castelar, hicieron alto para que los caballos tomasen aliento.

«—Bueno, dijo Hernando: ¡cuerpo de Cristo! en ayunas no sé cómo podréis »pelear con esos bárbaros aragoneses que cada uno tiene tanta fuerza como una

»yunta de bueyes. Comed, Conde, que si vos nos faltáis tanto montara no haber»nos movido de Candespina.—Es imposible, Hernando, contestó con sentida voz »el Conde: es imposible, no atravesara un bocado.—¿Qué tenéis para dejaros »morir de hambre como un caballo cansado?—¿Qué he de tener? Ya estamos en el Castelar y no sé cómo he de sacar a mi Reina de la tal fortaleza.

Millán se halló presente a esta conversación, y su celo por el Conde le obligó a que, venciendo la repugnancia que le costaba hablar a su señor cuando éste no se lo mandaba expresamente, propusiera que se caminase hasta una arboleda que cerca del castillo había, y que allí se podría con más conocimiento de causa, teniendo a la vista la fortaleza, tomar el partido conveniente.

Desde luego advirtieron que el foso estaba seco a la sazón y que no había más que un centinela por aquella parte, de modo que con un hombre solo tenían que luchar. Empero este hombre estaba sobre una muralla, y con un grito suyo era indudable que acudirían todos los de la guarnición del Castillo; esto contenía el impaciente ardor de Hernando y el entusiasmo del Conde, hasta que por fin éste, volviéndose de repente, como un hombre inspirado, a Millán, le dijo:

»Tú eres buen flechero.—Señor, sé tirar una flecha con alguna violencia y »dirigirla medianamente.—¿Serías hombre de quitar de en medio a aquel mal»dito centinela?—Si vueseñorías me lo permiten, respondió el criado lleno de »humildad, probaré, y espero que con la ayuda de Dios podré darles gusto.»

«Apunta, Millán, dispara, y Dios dirija tu mano» y diciendo así cayó de rodillas y púsose a orar fervorosamente, en tanto que el criado, deseoso de servir a su amo y acreditar al mismo tiempo su destreza, dirigía sin el menor vislumbre de inquietud la puntería al malhadado centinela, quien de propósito parecía haberse parado debajo de la ventana de doña Urraca.

Apenas vió Hernando caer en el suelo al centinela, cuando lleno de alborozo, exclamó abrazando a Millán. «Bien: te has portado como un hombre, y yo te »ofrezco una cadena de oro que pesa tanto como tu arco en premio de este tiro que es el más acertado que en mi vida he visto.»

«Loado sea Dios, dijo levantándose don Gómez: amigos míos, de su voluntad »y vuestro valor depende ahora el resto.»

* * *

Tranquilamente dormía Iñigo Latorre, alcaide del castillo de Castelar, confiado, como hemos dicho en el capítulo primero, tanto en la posición de su fortaleza, cuanto en la paz de que el Aragón disfrutaba en aquella época; cuando le despertaron el estruendo y voces de los combatientes: levantóse sobresaltado, tomó la espada, y apenas vestido, sin más armas defensivas que su casco y escudo, salió de su aposento y se dirigió, aunque con cautela, al paraje en que parecía estar lo más recio de la pelea.

D. Gómez y los suyos, dando la vuelta a la muralla, encontraron con el cuerpo de guardia colocado en la torre que formaba el ángulo del Castillo opuesto al que ocupaba la Reina. El centinela que estaba a corta distancia dió el quién vive; pero por pronto que quiso hacerlo, no fué bastante para impedir que Hernando le contestara con tan buena estocada que dió con él en el suelo. No murió sin embargo en el momento, y cumpliendo como buen soldado «alarma, gritó: alarma »compañeros: los enemigos están en el Castillo.» No dijo más, pues colérico uno de los soldados de D. Gómez le acabó de matar metiéndole la pica por la boca.

«Desdichado, dijo D. Gómez: has muerto cumpliendo con tu obligación; Dios »te perdone la mala obra que nos has hecho.—Que no es poca, añadió Hernando, »porque o yo me engaño o en la torre suena ruido de armas.» Y en efecto tenía razón, porque alarmados los aragoneses con la voz de su compañero se atropellaban unos a tros para tomar, cual la espada, cual la adarga; y a no ser la confusión inevitable en aquel momento de sorpresa no hubieran entrado el Conde y los suyos en la torre; pues ya uno, más prudente que los otros, corría a cerrar la robusta y herrada puerta.

«¡Candespina y Castilla! ¡Santiago sea con nosotros! a ellos, caballeros, ven»cer o morir.»

La guarnición de Castelar en aquellos tiempos pacíficos, no excedía de cuarenta hombres de armas, que por fortuna para los castellanos estaban todos reunidos en la torre atacada, pues mal les aviniera si estando divididos hubieran podido combatirles por retaguardia al mismo tiempo que de frente. Además, los compañeros del Conde venían armados de punta en blanco y dispuestos a la pelea; al paso que los aragoneses, soñolientos y medio desnudos, necesitaban casi un valor heróico para oponer la menor resistencia.

No menos sorprendido que los demás Iñigo Latorre, azorado, desnuda la espada en la mano derecha, y una lámpara encendida en la izquierda, y semejante mas bien a una fantasma que a un guerrero, bajaba lentamente la escalera deteniendo el aliento y aplicando el oido a cada paso, hasta que por fin las palabras *Candespina* y *Castilla*, le hicieron conocer que eran castellanos los que habían sorprendido la fortaleza. Marchar a ellos inmediatamente, y mezclarse entre los demás combatientes fué el primer impulso del valiente alcaide; pero reflexionando después en que la falta de armas defensivas le exponía a caer a los primeros golpes, y que por otra parte más necesaria era su cabeza que su brazo, volvió a subir a su aposento, en el que ya habían entrado a buscarle algunos soldados.

La pérdida de los del Castillo era ya de mas de diez hombres entre muertos y heridos, cuando sus enemigos solo habían perdido uno.

«¿Lo oye V. A., señora? *Candespina* y *Castilla* dicen: exclamó Leonor, apenas llegó a sus oidos el rumor del combate.—También oigo, contestó la Reina, »las voces de *Alfonso* y *Aragón*.—El Conde vencerá sin duda.—¿Qué seguridad »tienes de ello?—Señora...—¡Ah, Leonor! ¡Ojalá tu celo no me sea funesto!—¿Y »por qué lo ha de ser? ¿V. A. qué culpa tiene de lo que yo he hecho sin su conocimiento?—Cierto que no tengo ninguna: pero si el Conde sucumbe, ¿qué dirán »las gentes de mí? acaso se atreverán a sospechar...—Que el Conde idolatra a »su Reina, y no será más que lo cierto.—Cada vez es mayor el tumulto, Leonor, »y sin embargo a nadie veo.—Sin duda será el combate en la torre que cae sobre »el rio, que es la que ocupa el alcaide con sus soldados; al menos de hácia allí »parece venir el eco: Si el Conde supiera en qué paraje se halla V. A. hubiera »ya venido a ponerla en libertad.—¿Oyes, Leonor? ¡Qué tristes gemidos! ¿oyes »el sonido de las espadas?... ¡Qué horror!... ¿Qué será de nosotras? ¡Dios eterno!...» Y cayó desmayada.

Leonor empleó cuantos medios estuvieron a su alcance para hacer volver en sí a su señora, e inspirarla un valor que no tenía ya ella misma.

—«Un hacha de armas, exclamó Hernando: pronto un hacha.—Es inútil, le »replicó el de Candespina, nada conseguiréis; o cuando menos se tardará más »tiempo del que es menester. Traed una tea encendida, soldados, y prended fuego a la puerta.—Sí, prenderla fuego, no les estará mal a esos testarudos morir »como judíos, porque...—No permita Dios que yo cometa tal barbarie; no, Hernando, son cristianos como nosotros. Lo que yo quiero es quitar esta barrera de »por medio y poder combatirlos como conviene a caballeros; pues en cuanto a la »torre es de fábrica y no puede incendiarse.—Sea así; pero despachad, venga acá »esa tea. Parece que en la vida habéis puesto fuego a una puerta.» Y el impaciente Hernando se puso a trabajar como un simple soldado.

El incendio absorvió la atención general: cesaron los gritos; trájose agua de un pozo que indicaron los prisioneros, a quienes se hizo acarrearla con las correspondientes precauciones: y por fin, consumidas la mayor parte de las tablas y apagadas las demás, como también los pocos muebles que había en la sala, se logró terminar aquella horrorosa escena. No llegó a una hora lo que duró el incendio, mas fué lo bastante para que ni uno de los desdichados a quienes alcanzó quedase con vida. El cadáver de Iñigo Latorre se encontró entero, porque la armadura le había preservado de la acción de las llamas, y a pesar de que su rostro estaba enteramente negro, aún se descubrían en sus facciones señales del entusiasmo guerrero que le animaba pocos momentos antes de su muerte. Miróle el Conde compasivamente, y mandó que se recogiera y llevase a su propio aposen-

to, al cual pasó en persona con la esperanza, que se verificó en efecto, de encontrar en él las llaves de todo el Castillo.

Seguidamente, sin más compañía que la de Millán, y dejando a cargo de Hernando tomar las disposiciones necesarias para su seguridad y pronta marcha, fué D. Gómez a la torre, prisión de la Reina. Acostumbrado desde su más tierna infancia a los horrores de la guerra no había el Conde sentido la menor inquietud durante el combate; pero presentarse a la que un tiempo miró como destinada a ser su esposa, y en aquella ocasión tenía que acatar por señora, y respetar como a mujer de otro, era para él un paso tan delicado como temible. Su corazón latía con violencia, mientras Millán probó las llaves en la cerradura de la puerta exterior de la torre hasta encontrar con la propia; entró temblando, y es indecible su turbación cuando al llegar al primer piso mandó a su criado que abriese.

Si fué grande la inquietud de la Reina mientras resonaron en sus oídos los furiosos gritos de los combatientes, mayores fueron sus angustias cuando al estrépito sucedió un silencio horroroso. «¿Cuál será el vencedor?» He aquí la cuestión importante que ocupaba a las dos prisioneras, sin que ni una ni otra se atreviesen a proferir una sola palabra. En esta amarga situación pasaron la Reina y su dama más de una hora, hasta que oyeron sonar primero los cerrojos de la puerta exterior, subir después la escalera precipitadamente, y ensayar por último varias llaves en la cerradura de la puerta de su propia estancia. Si Doña Urraca y Leonor hubieran estado entonces libres del pánico terror, que ni discurrir las dejaba, desde luego la circunstancia de no abrir inmediatamente les hubiera hecho ver que la visita que iban a recibir no era la del alcaide o cualquiera de sus subalternos, pues estos no podían menos de conocer las llaves de todas las estancias; pero el temor no les permitió hacer tan sencilla reflexión. Sobrecogidas pues, y olvidando la diferencia de clases, se metieron en el rincón más apartado de su aposento.

Ya en esto había Millán abierto la puerta y entrado el Conde alzada la visera del casco, con ademán sumiso, y rostro más sonrojado de lo que hubiera podido esperarse de su edad y profesión.

«¿Perdonará S. A.? dijo hincando una rodilla en el suelo. —¿Sois vos, Conde? »exclamaron a un tiempo Reina y camarera.—Sí señora, contestó el Conde, yo »soy, que me he atrevido a entrar en la estancia de V. A. sin su permiso... ¿Y »qué? ¿Estoy libre?—V. A. puede partir cuando guste.—Ahora mismo; pero al»zad, Conde: la Reina de Castilla no olvidará nunca lo que os debe.—A mi se»ñora, nada me debe: soy su vasallo, y he cumplido con mi obligación sirviéndo»la.—No esperaba yo menos de vuestra nobleza. Mas, ocasiones habrá de mani»festaros mi agradecimiento, y si Dios fuere servido, como lo espero, de llevar»me con bien a mis Reinos, no se tardará el día en que lo veais.—Señora, si al»guna cosa he hecho que merezca recompensa, suficiente la tendré en besar los »pies a V. A.—Tomad la mano, Conde: y ojalá no la hubiese yo nunca dado... »Detúvose aquí, y el conde besó respetuosamente aquella mano, objeto de todos »sus deseos. ¿Podemos partir, Conde? continuó la Reina.—Señora, dijo éste, »deme V. A. permiso para bajar un instante y podré responderla.—Idos buen »Conde, idos y apresurad nuestra marcha que en vos pongo mi esperanza.—Po»nedla en Dios, señora; él solo ha vencido a los aragoneses; él ha vuelto por vuestra causa.» Y diciendo así, saludó respetuosamente a su Soberana y salió del aposento lleno de júbilo.

***

En tanto que el Conde conferenciaba con la Reina, Hernando que se ocupaba en registrar la fortaleza, halló la litera en que Doña Urraca había venido a ella, y mandó disponerla para que hiciese su viaje a Castilla con más comodidad que a caballo, que era lo que se tenía pensado, y también se aprovechó de los caballos de la guarnición para montar a los ocho hombres que salieron con bien del combate, pues los suyos estaban harto cansados con la penosa marcha que acababan de hacer para emprender con ellos inmediatamente otra no menos rápida.

Tomadas estas disposiciones, hizo el Conde prestar juramento sobre los San-

tos Evangelios a los aragoneses, de que en ocho días contados desde aquel en que lo prestaban, no saldrían de su Castillo.

En efecto, los aragoneses cumplieron exactamente lo prometido, y la marcha de la Reina a sus estados no sufrió el menor obstáculo.

Cuando Don Gómez se decidió a marchar de Candespina, sólo escuchó la voz de su pasión, y atendiendo demasiado a ella, olvidó lo que la prudencia, la política y la razón exigían, que era asegurarse en Castilla de un partido bastante respetable para defender a la Reina del poder de su esposo, de quien sin duda no debía esperarse mirase con indiferencia aquella fuga; pero luego que conseguido su objeto empezó a restablecerse la tranquilidad en su agitado espíritu, todas las dificultades se presentaron de golpe.

El segundo día de su viaje, caminando el Conde y Hernando un poco detrás de la litera de la Reina, iba aquel tan pensativo, que a pesar de la poca penetración de que su amigo se hallaba dotado, no pudo menos de observarlo, y admirado de verlo así, cuando solo estaban a media legua de la frontera de Aragón le dijo: «¿Qué tenéis cuerpo de Cristo? nunca os he visto tan pensativo.—Paré»cenos por ventura que me faltan motivos para estarlo, contestó el Conde.—Al »menos no los alcanzo. Ya poco tenemos que temer de los aragoneses.—Los cas»tellanos son los que yo temo.—¿Los castellanos? ¿Y por qué?—¿Sabéis, Her»nando, vos con cuantos nobles podemos contar? ¿Creéis que habrá muchos que »quieran incurrir en el terrible enojo de Alfonso de Aragón?—¡En el terrible »enojo! Terrible para los cobardes.—Y para los prudentes, Hernando. La pasión »no debe cegarnos. El poder de Alfonso es formidable, y si toda la nobleza, si »todo el clero de Castilla no nos presta su apoyo, apenas podremos resistir algu»nos instantes a la tempestad que va a caer sobre nosotros.—No sé por qué no »se unirán a nosotros prelados y grandes. La Reina...—Está con nosotros, es »cierto, pero viene fugitiva.—De su tirano, como ella dice.—Sí, su tirano; pero »también es su marido. Hernando, el negocio no está tan llano como a vos os pa»rece.—¿Y qué hemos de hacer, Conde?—Reparar en lo posible el tiempo perdi»do. Y si la fatiga, Hernando...—La fatiga no me asusta. Mandad y seréis obe»decido.—¡Excelente Hernando! ¡Cuánto os debo!—Nada. Decid presto qué es »lo que he de hacer.—Vos conocéis a Diego Lopez, señor de Nájara.—Sin duda »que le conozco, y es de mis amigos; buen soldado...—Y tan mal cortesano como »vos; mas esto no es ahora del caso; lo que importa es que sirva a la Reina.—Y »lo hará. Mejor vasallo no lo tiene Castilla.—Así lo creo. Alfonso le quitó por »esa misma razón las fortalezas que tenía a su cargo; más no se atrevió a despo»jarle de sus estados. Ni pudiera aunque lo intentara. El Conde tiene buenos pu»ños y muchos servidores que hubieran dado que hacer a los señores aragone»ses.—Norabuena, Hernando. Yo sé que D. Diego López, temeroso siempre de »la mala voluntad de Alfonso, no se aparta nunca de Nájara.—Decid más: nun»ca le faltan doscientos caballos y algunos peones de que disponer.—Tanto me»jor. Hernando, ya lo veis; veinte leguas hemos andado en estos dos días, y la »Reina, a pesar de ir en litera, empieza a resentirse de tan acelerada manera de »caminar. Habremos pues de acortar las jornadas en lo sucesivo. S. A. desea »darse a conocer en llegando a sus estados...—Es una temeridad.—Tal vez, y yo »así se lo he hecho presente. Pero su voluntad...—No debe seguirse cuando es »descabellada.—Sea como quiera, Hernando, su voluntad es nuestra ley. Vasa»llo celoso, pero sumiso, aconsejaré a S. A. cuando lo crea necesario para bien »suyo; mas siempre obedeceré sin replicar sus órdenes. Mas volvamos a nuestro »asunto: caminando poco Doña Urraca, y dándose a conocer desde luego, es muy »de temer que alguno de los muchos alcaides aragoneses que tienen esta fronte»ra...—Os entiendo, proseguid.—Para evitar, pues, un lance que malogre el fru»to de nuestra empresa, es preciso que vos marchéis con toda diligencia a Nája»ra; que os presentéis a López y le digáis en qué situación nos hallamos.—Eso »bastará; conozco al señor de Nájara; ¿pero ahora mismo?—No, Hernando, aun »estamos en Aragón, y no sois hombre vos a quien yo separe de mi lado en oca»siones de peligro; a más, una carta de S. A. para D. Diego sería muy

»del caso. Lo dicho. Lo dicho: esta noche os separaréis de mí.—Hágase como »dispongáis—»

Durante esta conversación iban juntas en la litera Doña Urraca y su dama Doña Leonor, más gozosas de verse fuera del Castelar, que apesadumbradas con lo largo de las jornadas; y el melancólico aspecto del terreno porque caminaban.

Doña Leonor poseía toda la astucia y flexibilidad de carácter naturales en una mujer educada en la corte, y además había llegado a conocer a su Señora bastante bien, para no sufrir muy a menudo las tempestades que la versatilidad de esta producía con frecuencia. Reinaba pues la más completa armonía entre ambas; y Doña Urraca se complacía en manifestar a su camarera los proyectos que para lo futuro iba haciendo. Encerrada en la prisión de Castelar la Reina de Castilla, hacía sanas y acertadas reflexiones sobre su posición relativamente a los grandes de su reino, y conocía cuán poco podía esperar de ellos; pero la manera casi milagrosa con que obtuvo su libertad, el entusiasmo del Conde y la fidelidad de su reducido escuadrón, desvanecieron enteramente sus temores. Olvidando que su altanería la había acarreado casi desde la infancia la enemistad de los nobles y prelados: olvidando que por no verse sujetos a ella solo habían querido casarla hasta con uno de sus iguales y tener a este por Rey: Doña Urraca, seducida por su amor propio, creyó encontrar todos los corazones dispuestos a recibirla, todos los brazos prontos a combatir en su defensa. Los derechos heredados de su padre, el glorioso nombre de éste, y sus gracias personales, eran otros tantos motivos de confianza y seguridad para la incauta Reina, y no veía, ni sus defectos, ni el poder de su marido, ni la fuerza de sus parciales.

Todas estas causas debilitan de hora en hora la admiración y la gratitud, que la heroica resolución de D. Gómez la habían inspirado en el primer momento: desaparecieron sucesivamente de su imaginación el héroe y el libertador, no quedando por último en ella el Conde de Candespina más que como un vasallo fiel, enamorado, valiente y acreedor a sus bondades.

Cuando el Conde le dijo que había recabado el auxilio del Sr. de Nájara. «Nunca hubiera creído, contestó la Reina después de haber escuchado con algu»nas muestras de impaciencia el discurso del Conde; nunca hubiera creido que la »Reina de Castilla tuviese que mendigar el auxilio de sus vasallos.-V. A., repli»có D. Gómez, no ha comprendido, sin duda por falta de explicación mía, lo que »he querido decir: se trata, no de que V. A. mendigue el socorro de nadie, sino »de que se digne participar su llegada a estos reinos al señor de Nájara: esta »honra bastará para empeñar más particularmente a este caballero en defensa »de V. A.—¿Y por ventura, Conde, he yo menester tanto de su ayuda? ¿No me »quedan más vasallos tan nobles, tan poderosos, tan esforzados como él en Cas»tilla?—Nobles hay en ella, y muchos y muy poderosos: pero, Señora, siento de»cirlo, acaso no todos...—Os entiendo: teméis que sean más parciales del Rey »de Aragón que de su natural Señora. Mientras me han creido legitimamente »unida a él; mientras que he estado ausente, tal vez D. Alfonso habrá podido »contar con ellos; pero en presentándome, creedlo, Conde, no habrá uno que no »siga mis banderas.—Así debiera ser, y así lo deseo, mas no puedo persuadírme»lo. Por lo menos, crea V. A. que no sería prudente presentarse en Burgos sin »más escolta que la corte con que hoy camina.—Sois extraño, Conde; no os pare»ce bastante para caminar por mis estados la misma fuerza con que emprendísteis »sacarme del poder de mis enemigos.»

Doña Leonor, presente a esta conversación, conocía la razón del Conde; mas veía al mismo tiempo que era inútil luchar contra la vanidad de su Señora, y que a menos de presentarla el negocio bajo un aspecto enteramente distinto, jamás consentiría en lo que sus propios intereses exigían.

Ocurriósele de pronto un feliz expediente, y arriesgándose a sufrir una áspera reprimenda se atrevió a mezclarse en la conversación, diciendo a la Reina:

«Si V. A. me permitiera...—¿También tú, Leonor, tienes desconfianza de la »fidelidad de mis vasallos?—No Señora, contestó la diestra cortesana, lejos de »eso creo absolutamente infundados los temores del Conde.—¡Doña Leonor! es-

»clamó éste algo mohino, de ver que la camarera se oponía tan espontáneamente »a su juicioso proyecto: ¿Doña Leonor, habéis meditado bien?...—Dejadla hablar, »replicó la Reina; continúa, Leonor, veamos si podrás tú convencer a este buen »caballero...—No me parece, dijo Leonor, ni aun necesario rebatir los temores »que el excesivo celo del Conde de Candespina le ha hecho concebir: perdóneme »su Señoría si me atrevo a decirle que va enteramente descaminado en lo que »dice. No hay, o yo me engaño mucho, un solo noble en Castilla que no esté »dispuesto a sacrificarse en obsequio de las gracias de Doña Urraca...—De mis »gracias no, porque no las tengo: pero de mis derechos sí.—La modestia de V. A. »continuó la dama, la hace hablar así: de todos modos V. A. no necesita para su »seguridad de las tropas del señor de Nájara, y sin embargo yo no vacilaría en »enviarlas a buscar.»

No es fácil describir el asombro de la Reina y del Conde oyendo concluir de un modo tan singular el discurso de Doña Leonor; miróla aquella con enojo, y con admiración éste; mas ella, que todo lo había previsto, sin darles tiempo para volver en sí, continuó de esta manera.

«Dígnese V. A. escucharme un instante más, y me comprenderá. Repito que »los soldados del señor de Nájara no me parecen necesarios para seguridad, mas »dígame V. A. si será decoroso para su alta dignidad entrar en Burgos en una »misma litera, con su única criada, sin más servidumbre, sin más guarda que la »de ocho o nueve soldados, valientes sin duda, pero con las armas aun teñidas »en sangre y cubiertas de polvo?—En verdad Leonor, que tienes razón y manda»ré al señor de Nájara que venga a servirnos de guarda hasta nuestra capital de »Castilla. Conde, escribid la carta, que yo la firmaré; pero cuidad bien de que »en ella se exprese que el motivo de nuestro mandato es el que ha dicho Leonor, »y no en manera alguna que tengamos el menor recelo de la fidelidad de nues»tros vasallos.»

Absorto y pensativo salió el Conde a ejecutar lo que se le mandaba, pudiendo apenas figurarse ser verdad el ingenioso artificio con que Doña Leonor había logrado de la Reina, lisonjeando su vanidad, lo que él con razones más poderosas jamás hubiera conseguido. A estar menos preocupado en favor de la Reina, nada hubiera visto de extraño en ello; pero un amante ve pocas veces claro cuando se trata de su dama.

Doña Urraca por su parte cada vez se creía más segura del amor de los castellanos, y miraba como ofensas cuantas prudentes precauciones querían sus partidarios tomar en favor suyo.

***

Partió Hernando apresuradamente para Nájara con el mensaje de la Reina a Diego López, y su diligencia fué tal, que dos días después llegaron ambos, al mismo tiempo que Doña Urraca, a un pueblo del camino, llamado Anguiano.

Don Diego López obtuvo el honor de besar los pies a la Reina, quien no se descuidó en hacerle entender que había reclamado su asistencia, no como necesaria, sino para dar más aparato a la pública entrada que pensaba hacer en Burgos. El señor de Nájara se contentó con responder que de cualquier manera que fuese se creía muy honrado con que S. A. se dignara emplearle en su servicio, y lo que solo sentía era la premura del tiempo no le hubiese permitido reunir más que los trescientos caballos que con él traía, y cuatrocientos peones que no tardarían en llegar a las órdenes de uno de sus parientes. Mediaron algunos cumplimientos y Doña Urraca terminó la conferencia, encargando al Conde y al señor de Nájara dieran las disposiciones convenientes para su entrada en Burgos, declarando al mismo tiempo que estaba resuelta a cesar de ocultarse, queriendo que desde aquel mismo momento supiesen los pueblos por donde transitara, que tenían el honor de albergar a su Soberana.

Aunque en realidad toda la tropa que escoltaba a la Reina dependía del señor de Nájara, por componerse de vasallos, criados, deudos y amigos suyos, sin embargo, D. Diego López, que ya en la junta de Mazcaraque se había declarado

decididamente partidario del Conde de Candespina, indicó a éste que él y cuantos le seguían estaban prontos a obedecerle en todo. Agradeció el Conde con corteses razones la deferencia que se le demostraba, y aunque no quiso tomar ostensiblemente el mando, tanto por no herir el amor propio del señor de Nájara cuanto por que no se le tachase de ambicioso.

La Reina con los doscientos caballos restantes, más los ocho del Conde, continuó su camino a jornadas cortas, recibiendo con afabilidad a los nobles de todos los pueblos del tránsito y esperando con ansia el momento de llegar a Burgos. D. Gómez la acompañaba siempre, y recibía de ellas las mayores pruebas de estimación. Enamorado más que nunca no se atrevía sin embargo a hablar una palabra de su amor, que hubiera mirado como un crimen, en razón de ser la Reina casada.

Doña Urraca no podía ser indiferente al mérito incontestable de Don Gómez, aumentado a sus ojos con el servicio que acababa de hacerla; pero el amor que empezaba a apoderarse de su corazón no era ni fué nunca superior a la vanidad: de modo que si bien su conducta era tal que el Conde no tenía de qué quejarse tampoco le permitía lisonjearse enteramente de ser amado.

Así que llegó Hernando de Olea a Burgos, se presentó a su alcalde Don Alvar Fañez, y le comunicó las órdenes de la Reina, para que se hiciese saber al ayuntamiento de aquella ciudad su próxima llegada. Es indecible la sorpresa del alcalde, más afecto al partido aragonés que al castellano: hizo mil preguntas a Hernando: pero todas las respuestas de este fueron tan concisas, que ninguna luz pudo sacar de ellas. Es posible que Don Alvar Fañez se hubiera opuesto a recibir a la Reina en Burgos, si hubiese estado en su mano obrar conforme a sus deseos; pero el Conde que había previsto aquel caso, dió las instrucciones convenientes al de Olea para evitarlo; y así éste no abandonó ni un momento al alcalde desde su llegada a Burgos, y tuvo cuidado de insinuarle que si bien había venido únicamente con cien caballos, tardarían poquísimas horas en llegar fuerzas considerables.

Convocóse, pues, inmediatamente a los individuos de ayuntamiento, a lo principal de la nobleza, y a los gobernadores del obispado, con las dignidades eclesiásticas de más nota, para las casas capitulares, y reunidos todos en ellas, les hizo el alcalde saber la orden que acababa de recibir. Hernando añadió, que S. A. se había resuelto a ir a visitar sus estados sin avisar de antemano, por razones que se reservaba explicar ella misma a su debido tiempo, y que de todos modos creía que una sola palabra dicha a nombre suyo, bastaría para que sus amados burgaleses se dispusieran a hacerla el correspondiente recibimiento. «Para concluir, señores, dijo por último: es la voluntad de la Reina que desde »este momento se me ponga en posesión del alcázar de esta ciudad, y se me con»fíe la guarda de una de sus puertas. He aquí las cartas de S. A., en confirmación »de lo que acabo de deciros» y en efecto, las presentó. Lo natural era haber empezado haciéndolo; pero Hernando, poco enterado en semejantes fórmulas, cuidó más de hacer entender a aquella junta lo que de ella quería, que otra cosa.

A todo esto, los soldados de Nájara rodeaban el lugar de la sesión, y tanto los regidores como los nobles y clérigos, además de que no tenían un motivo racional para oponerse a recibir a su legítima Soberana, aunque viniese como a sorprenderlos; conocieron que no estaban en situación de hacer otra cosa mas que suscribir a cuanto de ellos se exigiese.

Accedieron, pues, sin repugnancia (al menos manifiesta) a lo que se les mandaba en nombre de doña Urraca, y Hernando, satisfecho del buen éxito de su comisión, paso a alojar el grueso de su tropa en el alcázar, enviando un pequeño destacamento a la puerta de la ciudad, que él mismo designó. A las ocho de la mañana llegó el de Olea a Burgos, a las doce estaba en posesión del alcázar; y antes de la noche llegó también la infantería de Nájara.

Los burgaleses deseaban con ansia el momento de ver entrar a la Reina, pues esperaban que su presencia disiparía la misteriosa sombra que cubría el objeto de aquella inesperada visita, cuyo motivo estaban lejos de sospechar.

Para abreviar: al tercer día se recibió aviso por un soldado, de que S. A. haría su entrada al siguiente por la mañana, lo que en efecto se verificó, saliendo a recibirla el cabildo, los nobles y el alcaide, que arrodillado a sus pies, le entregó las llaves de la ciudad.

Doña Urraca desplegó la amabilidad, gracias y cortesanía de que tan bien sabía usar; y como uno de los eclesiásticos gobernadores de la diócesis, creyendo que su carácter sacerdotal le autorizaba a ello, preguntase, qué motivo extraordinario era el que proporcionaba a sus vasallos la inesperada dicha de verla: le contestó que tiempo habría de satisfacer aquella curiosidad, añadiendo: «Lo »que ahora importa más es dar gracias a Dios, por haberme traído con bien a mi »amada Castilla: vamos al templo, y no dudo que vosotros, señores, me ayuda»réis con vuestras santas oraciones a implorar el favor divino para lo sucesivo.»

Dicho esto, se encaminaron todos a la iglesia mayor, y en ella se cantó un solemne *Te Deum*, concluido el cual se trasladó la Reina con el mismo acompañamiento al alcázar. Bien hubiera querido D. Gómez poder ocultar que la Reina venía fugitiva de Aragón; pero desde luego conoció que semejante ficción podría durar poquísimos días, y que su momentánea utilidad no compensaría los perjuicios que necesariamente había de producir cuando se descubriese la verdad. Fué pues necesario decidirse a descubrir el misterio, con permiso de doña Urraca, quien no puso dificultad en ello, persuadida de que lós castellanos no vacilarían en defenderla contra su marido. En consecuencia de esta determinación, apenas entraron en el alcázar, cuando sentándose la Reina en su trono, hizo una larga y patética exposición de los malos tratamientos que de su esposo había recibido, sin más causa, decía, que la de ser el Rey aragonés, y como tal, enemigo de Castilla, cuya opresión no había ella querido nunca autorizar; habló de su prisión en Castelar, pintándola con colores tal vez más cargados que los que la verdad exigía; y por último, alabando el celo del Conde de Candespina, manifestó hallarse resuelta a evitar a todo trance caer de nuevo en manos de su tirano. Sea respeto, sorpresa o temor de las tropas que les cercaban, todos los presentes guardaron el más profundo silencio, que la Reina interpretó tan favorablemente, que no creyó necesario exigir garantía ninguna para su seguridad, y poniendo a cargo del Conde de Candespina disponer lo necesario para la defensa contra D. Alfonso, se retiró a descansar de las fatigas de su penoso viaje.

Don Gómez exhortó en seguida a todos aquellos caballeros a que tomasen las armas y las hiciesen tomar a sus vasallos, como él iba a hacerlo, marchando al siguiente día a sus estados con objeto de hacer en ellos una leva. Todos protestaron que estaban resueltos a seguir su ejemplo, y la asamblea se separó sin que ocurriese en ella nada más digno de notarse.

No fiaba mucho el Conde de Candespina en aquellas demostraciones; pero la fuerza de las circunstancias le precisó a ocultarlo por entonces, esperando que podría reunir sus parciales antes que los enemigos de la Reina tuvieran tiempo de concertar su plan contra ella; y en consecuencia, marchó, según lo había anunciado en la asamblea, el día después de el de la llegada de la Reina a Burgos por Pancorbo, cuyo castillo y pueblo le pertenecían.

***

Fieles observadores de su juramento, los aragoneses que sobrevivieron a la desgracia del Castelar no salieron de aquella fortaleza hasta cumplido el octavo día de la marcha del Conde, esto es, uno después del de la llegada de la Reina a Burgos; pero ya pasado aquel plazo, montaron a caballo dos de los principales de ellos, y a rienda suelta se encaminaron a Huesca, villa distante del Castelar unas diez leguas, en la cual se hallaba a la sazón Alfonso el Batallador, que, como ya hemos dicho, se llamaba emperador de España.

Más fácil es imaginar que describir el terrible enojo de aquel príncipe, oyendo la relación de la fuga de su esposa, y por el pronto pagaron los miserables que le llevaron la noticia, a quienes mandó encerrar en un calabozo. En vista de su cólera, casi puede decirse que fué fortuna para Iñigo Latorre haber muerto

en el Castelar, porque a no ser así, es evidente que hubiera concluído sus días afrentosamente en un cadalso.

Alfonso convocó inmediatamente a sus principales vasallos para la frontera de Castilla, pues no pudo ocultársele que la Reina habría marchado a Burgos, por ser esta ciudad la más cercana entre las principales de sus dominios a los estados de Aragón; y marchó él mismo para Soria, plaza en que tenía puesta guarnición de los suyos, con los hombres de armas, jinetes, hacheros y ballesteros que siempre le acompañaban.

Los caminos se veían cubiertos de soldados y capitanes, que de todos los dominios de Aragón marchaban a Soria, acudiendo al llamamiento del Rey, y los miserables labradores sufrían todo género de vejaciones y malos tratos, en tanto que Alfonso no descuidaba ninguno de los medios necesarios para salir bien de su empresa.

Su única mira, cuando siendo todavía Príncipe se casó con doña Urraca, era la de reunir en su cabeza las coronas de la mayor parte de los reinos de España; y por esta razón prescindió del carácter de su esposa, de que estaba informado de antemano, y del parentesco que con ella tenía, el cual aunque lejano, era sin embargo bastante entonces para impedir el matrimonio y aun para disolverlo después de hecho, como sucedía con frecuencia en casos semejantes. Convencido, pues, de que aunque empleando la fuerza era indudable que Castilla, dividida en bandos y con la mayor parte de las fortalezas en su poder, habría de sucumbir; sin embargo sería peligroso hostigar a los irritables castellanos, que en último recurso podrían acudir al Papa para que anulase su matrimonio, con lo que perdería todo derecho a aquella corona: resolvió entablar algunas negociaciones antes de empezar las hostilidades. Mas la suerte, empeñada en protegerle, dispuso las cosas aún mejor de lo que él mismo podía esperar.

Así que faltó de Burgos un hombre a quien todos respetaban y temían, como era el Conde de Candespina, pareció a los habitantes de aquella ciudad que estaban ya en libertad para discurrir y obrar según creyesen conveniente. Es cierto que D. Diego López y Hernando de Olea habían quedado en guarda de la Reina; pero desgraciadamente no había quien ignorase que nada era más fácil que sorprender y engañar a aquellos dos excelentes soldados y pésimos cortesanos.

Las armas de Aragón por un lado, y por otro los escrúpulos o la debilidad de sus vasallos amenazaban a un mismo tiempo a doña Urraca, quien en todo pensaba menos en la tempestad pronta a descargar sobre su cabeza.

***

Sucedíanse en el alcázar de Burgos festines a festines: sólo se pensaba en diversiones, y hubiera sido difícil adivinar por las apariencias la precaria y efímera existencia de la dominación de doña Urraca.

Los mismos que secretamente conspiraban contra la Reina, eran los primeros a aprovecharse de sus indiscretas liberalidades y a mostrarse oficiosos en inventar nuevos placeres, para ocultar así mejor sus proyectos y disipar toda sospecha; la Reina veía con placer su mentido celo, y casi no echaba de menos la presencia del Conde de Candespina.

Hernando de Olea y el señor de Nájara, dejándose arrastrar de la corriente, también pensaban más en solazarse que en otra cosa; y así eran de poquísimo estorbo para sus contrarios.

En particular Hernando, que por la parte que tuvo en el suceso del Castelar, gozaba de gran favor con la Reina, y andaba siempre a su inmediación, con la vista y el frecuente trato de doña Leonor de Guzmán empezó a conocer que no era tan insensible como creía a los encantos del bello sexo.

En tanto que el amor y los placeres reinaban en la capital de Castilla, el Conde de Candespina no perdonaba medio ni fatiga para levantar sus tropas y las de sus amigos: pasaba el día expidiendo correos con avisos a los señores en quienes tenía más confianza, y órdenes para sus vasallos; y la noche escribiendo las cartas que debía enviar al siguiente día.

Entre los señores que envió a pedir socorro citaremos como más principales a Iñigo Jiménez, que gobernaba en Calahorra, y ambos, Cameros, Garcí López en Tovía y Marañón, y señaladamente al Conde D. Pedro González, señor de Lara, de Medina, Mormojon, Dueñas y Tariego, quien tanto por lo ilustre de su linaje, que es uno de los cinco grandes solares de Castilla, cuanto por su riqueza y fama, era tenido en grande estima y valía en aquella época.

Así se pasaron algunos días, hasta uno en que ya cansada doña Urraca de las diversiones de la capital, dispuso salir a caza con todo el aparato correspondiente. La corte entera se puso en movimiento: todos los caballeros apercibían sus caballos y perros. Llegó por fin el día señalado, y desde antes del amanecer empezaron a oirse los ladridos de los lebreles, el relinchar de las caballos y el alegre son de las cornamusas. Caballeros y damas, todos con vestidos de fondo verde, con adornos y plumas de diferentes colores, conforme al gusto e inclinaciones de cada uno, se reunieron en el alcázar para acompañar a la Reina, quien no tardó en presentarse tan bizarra con su vestido de caza, que excitó un murmullo general de admiración en los cortesanos.

Lucidísima fué la comitiva que salió de Burgos con la Reina, y todos con gran júbilo y algazara.

Habiase ya puesto el sol e iba a terminarse la cacería con la muerte de un desdichado ciervo, a quien los perros acosaban muy de cerca, cuando hallándose en lo más intrincado del monte, la Reina con su camarera, el señor de Nájara, Hernando, y un corto número de personas de la comitiva, se aparecieron de repente y como por ensalmo a alguna distancia, una porción de hombres que más que tales parecían fieras. Vestían una especie de calzón de piel de oso hasta media pierna; una túnica o pellico de lo mismo les cubría desde los hombros hasta las rodillas; media cara iba oculta con un antifaz también de piel.

«Jesús sea conmigo» exclamó Doña Leonor deteniendo al mismo tiempo su caballo. «¿Qué es eso, Leonor?» Preguntó la Reina haciendo lo mismo.

»Me parece, dijo Leonor, que sería prudente que V. A. se retirase.—¿Y por »qué, señora? Preguntó el de Olea: somos cinco caballeros...—Lo érais, inte»rrumpió la Reina, advirtiendo entonces que durante su conversación habían des»aparecido los caballeros de Burgos que la seguían.—Tiene V. A. razón, repuso »el de Nájara: solos hemos quedado este caballero y yo.—Bastantes somos, con»testó Hernando.—Estáis desarmados, exclamó la Reina, pálida ya de temor como »un cadáver. Volvamos atrás.»

¿Pero cuál fué la sorpresa de los caballeros y el pánico terror de las damas, cuando al emprender su retirada vieron que los interceptaban el paso otros tantos o más montañeses que los que tenían por delante?

La Reina entonces, sacando fuerzas de flaqueza, animada tal vez con el mismo peligro, se dirigió a ellos, mandándoles que dejaran paso franco a la Reina de Castilla. En vez de responderla como era debido, uno de aquellos salvajes, con voz bronca y desentonada le preguntó: *¿Sou vos la Reina?*—Yo soy, villanos, apartaos y dejadme paso.—*No pot sé*, contestó el mismo montañés; y dando un agudo silbido, se arrojaron todos sus compañeros sobre Doña Urraca y su escasa comitiva, sin dar tiempo a los dos caballeros para hacer uso de sus armas; si bien es verdad que no anduvieron bastante ligeros para evitar que Hernando atravesase a uno de parte a parte con su venablo.

Un grito que dieron la Reina y su camarera fué el único que interrumpió el silencio de aquella extraña y desventurada escena. Los almugávares parecían mudos, y ni López ni Olea estaban para conversaciones.

Doña Urraca y Leonor a quienes se mandó expresamente quitarse el calzado, lo hicieron por no exponerse a que lo ejecutasen por sí mismos sus bárbaros enemigos, y en seguida hubieron de ponerse uno igual al de éstos, y una túnica de piel que no se diferenciaba de la de los montañeses en otra cosa más que en la longitud, pues las cubría desde los hombros hasta un poco más abajo de media pierna; y a más tuvieron que quitarse los sombrerillos y dejar el pelo suelto sin tocado alguno.

También al señor de Nájara y a Hernando les obligaron a vestir un traje igual al suyo, contentándose con exigir al primero su palabra de honor y fé de caballero de que no se escaparía ni pronunciaría en todo el camino una sola palabra, sin permiso del que parecía ser el capitán de aquella banda.

Lloraban Doña Urraca y Leonor; Diego López cabizbajo y mudo, parecía como enagenado; y al través de la especie de mordaza que llevaba el pobre Hernando se hubiera creido oir las maldiciones que echaba a la suerte, no tanto por su desgracia, cuanto por la de la señora de sus pensamientos. Tal era la situación de la que un cuarto de hora antes se creía señora de castilla, y la de sus cortesanos más favorecidos.

***

Todo esto obedecía a la decisión de los caballeros burgaleses que en el palacio episcopal, trabaron con el Conde D. Pedro Ansurez devolver a D. Alfonso su fugitiva esposa.

Era de presumir que la Reina no dejaría de visitar los alrededores de la corte; y por otra parte, contando como el Conde contaba con muchos partidarios en el mismo alcázar, le era fácil disponer por sí mismo la ocasión que deseaba. En efecto, algunos cortesanos de la facción aragonesa en el fondo, aunque en la apariencia adictos a Doña Urraca, manifestando no temer ningún peligro, y bajo pretexto de despreciar a los enemigos, eran los que más fomentaban las intempestivas fiestas que se dieron en Burgos, y por ultimo, promovieron la cacería que tan cara costó a la Reina.

Que el lector se imagine ahora la situación de una Reina de Castilla en medio de un despoblado; cautiva en poder de unos bandidos, y expuesta al furor de los elementos que también parecían conjurarse en su daño.

Por fin después de bastantes horas de camino, y sereno ya el cielo, llegaron a una pequeña aldea en donde estaba el Conde D. Pedro Ansurez con varios señores aragoneses, algunos de sus parciales, y una respetable escolta de hombres de armas. Aunque no se presentó aquella noche a la Reina, dispuso que se alojara esta Señora en la casa más cómoda que había en el pueblo, hizo que se la diesen vestidos correspondientes a su clase, y que se tuvieran con ella y su camarera las mayores consideraciones: mas no por esto descuidó el asegurarse de su persona rodeando el alojamiento de soldados, que a nadie permitían entrar ni salir en él, sin una contraseña especial del Conde.

En cuanto a Diego López y Hernando de Olea, se les depositó en las casas capitulares bajo la competente guarda, tratándoles en lo demás con todo decoro.

Amaneció por fin, y a poco un gentil hombre del Conde Ansurez se presentó a pedir a la Reina audiencia para su señor. «Decid al Conde, contestó Doña »Urraca, que una prisionera como yo, una persona a quien se prende en medio »de un monte como a un vil salteador no tiene voluntad; y así puede venir o no »venir según sea su gusto.—Crea V. A., replicó el mensajero, que el Conde mi »señor...—Es un traidor.—¡Señora!—Hidalgo, si os merece alguna considera»ción la hija de Alfonso VII de Castilla, idos en buen hora y no abuseis de mi pa»ciencia.—Obedezco.» Y fuese a dar su respuesta al Conde, quien oyéndola exclamó: »Es natural: no esperaba yo menos de su colérica condición; pero no im»porta, es preciso que yo la vea.»

Miróle la Reina con un ceño capaz de desconcertar a cualquier otro, mas él sin turbarse hincó una rodilla ante su señora, diciendo:

«V. A. tiene a sus pies...—Al que fué mi ayo en la niñez, al que debía ser ahora mi vasallo, y es un vil instrumento de mi mayor enemigo.—Señora, continuó »el Conde sin alterarse, las apariencias pueden condenarme...—Hubo un tiempo, »Conde, respondió sosegadamente la Reina, en que pude creeros sincero. Hoy »vuestras mañosas palabras no lograrán convencerme. Sin embargo, aún os que»da un medio de justificaros. Escuchadme atentamente D. Pedro: entre Alfonso »y yo no puede haber nunca paz mientras vivamos unidos; y tengo motivos de »creer que no está lejos el momento de separarnos para siempre. Si quereis pues

»cumplir con vuestra obligación, volvedme a Burgos.—Imposible, señora; mis jura»mentos me lo prohiben, y aun cuando yo quisiera...—Basta: retiraos y sabed que »no debéis esperar mas de mí que lo que como prisionera no pueda negaros.— »¡Señora!...—Retiraos digo, Leonor: esta es la nobleza de Castilla.—¡Ah, señora! »dijo la camarera luego que el Conde salió, no todos son como ese pérfido.»

***

Difícil sería describir la turbación que causó en Burgos el rapto de la Reina a las personas que no estaban iniciadas en la trama de D. Pedro Ansurez con los nobles y clérigos de aquella ciudad; pero es preciso confesar que no produjo verdadero sentimiento mas que en los soldados de Diego López, quienes apenas recibida la noticia, salieron en busca de su caudillo, capitaneados por un D. Pedro, hermano del señor de Nájara. La aciaga cacería de Vivár destruyó en un momento la obra que con tanto riesgo personal había llevado a cabo D. Gómez; pero su ánimo incontrastable no por eso desmayó.

Los grandes de Galicia, a cuyo frente se puso D. Diego Gelmirez, obispo de Santiago y sobrino del Pontífice Pascual II, excitados por el amor a la independencia nacional y el odio a los aragoneses, se sublevaron contra D. Alfonso, pretestando que tenían por inválido su matrimonio con Doña Urraca, en razón del parentesco de ambos consortes; y proclamaron a D. Alfonso de Castilla, hijo de Doña Urraca en su primer matrimonio con el Conde de Galicia, y entonces de corta edad. Esta nueva facción, que en adelante hizo no poco daño a Doña Urraca, le era sin embargo favorable en aquella época, llamando la atención de su marido a diversos puntos, y debilitando por consiguiente sus fuerzas. Como es de suponer, el Conde no descuidó ponerse en comunicación con los gallegos insurreccionados; estos enviaron sus embajadores al Papa para tratar de la invalidación del matrimonio de la Reina; y rota ya la barrera, la mayor parte de los nobles de Castilla tomaron las armas para sacudir el pesado yugo de los aragoneses.

D. Alfonso hizo en público a la Reina una acogida tan cariñosa como si se hubieran separado por alguna circunstancia imprevista, y fuera el amor conyugal y no la fuerza la que volvía a reunirlos. Otra mujer más prudente hubiera acaso contemporizado con su marido, no permitiéndole las circunstancias obrar de otro modo; mas Doña Urraca, demasiado irascible, trató a Don Alfonso con una acrimonia que solo sirvió para empeorar su situación. El Rey de Aragón, no atreviéndose a usar de su poder abiertamente, y escarmentado del suceso de Castelar, renunció a tomar medidas violentas, cuyo efecto le manifestó el Conde de Ansurez, no podría ser otro más que el de enagenarle enteramente los ánimos de los mal contentos castellanos, y fortificar el partido de la Reina; mas no por eso mejoró ésta de posición, pues si bien continuó viviendo con su esposo, tratada en lo exterior como a su alta dignidad convenía, también fueron separadas de su lado cuantas personas se tuvieron por afectas a ella. El Conde de Ansurez, con el título de mayordomo mayor, era una especie de carcelero de S. A.; y toda su nueva servidumbre, compuesta de personas vendidas al mayordomo, un enjambre de espías destinadas a evitar todo género de comunicación de Doña Urraca con sus amigos. Sin embargo nada fué tan sensible a la Reina como verse privada de su fiel camarera, la bella Leonor de Guzman, a quien de orden del Rey se puso en reclusión en un convento de religiosas de la ciudad de Soria.

***

En medio de la temeridad que bajo cierto aspecto aparecía en toda la conducta de D. Gómez y sus amigos en este asunto, es preciso confesar sin embargo que el Conde de Candespina supo aprovecharse con extremada sagacidad aún de las mismas circunstancias que más contrarias podían serle. ¿Quién en efecto viendo a D. Pedro Ansurez caminar por las calles de Soria con dirección al alojamiento del Rey de Aragón, acompañado por tres hombres completamente armados, cuyo reposado continente y gravedad en la marcha no descubría la menor agitación; quién, decimos, hubiera podido figurarse que el mayordomo mayor de la Reina iba allí prisionero en poder de sus mayores enemigos? ¿A quién se le podría ocurrir que aquellos tres guerreros fuesen nada menos que el mis-

mo Conde de Candespina y sus dos más íntimos amigos? Sin duda que a nadie; y el mismo D. Pedro podía apenas persuadirse de que no fuera un sueño lo que por él estaba pasando, de verse secuestrado en poder de sus enemigos, que habían tomado las precauciones de hacer que Millán fuese con cincuenta hombres disfrazados a situarse en la puerta de la ciudad, de modo que siempre le quedara aquella salida, y emboscar un razonable escuadrón a tan corta distancia de la ciudad, que a la primera señal podía hallarse al pie de sus muros, y dejando el resto en manos de su buena suerte, obraba en medio de sus enemigos tan sosegadamente o acaso más que hubiera podido hacerlo en sus propios reales.

Llegados a la casa que habitaban los Reyes, ninguna dificultad encontraron para introducirse en la cámara de la Reina, pues su entrada no podía menos de estar franca en las horas regulares a D. Pedro Ansurez, cuya dignidad de mayordomo mayor era en aquellos tiempos, como en los actuales, la más alta y considerada de las de la Real servidumbre. D. Pedro hizo que una dama de la servidumbre anunciase a la Reina que su mayordomo deseaba hablarla: entró la dama y a poco rato volvió a salir diciendo, que hallándose S. A. indispuesta, no se había aún levantado de la cama, ni pensaba hacerlo en todo aquel día: y que por lo mismo dejaba para el siguiente recibir a su mayordomo.

«Decid a la Reina, mi señora, que el asunto de que tengo que hablarla es de »tal importancia que no sufre demora, y que la suplico que se digne recibirme »inmediatamente.»

Doña Urraca estaba en efecto en el lecho, y su hermosura parecía mayor en medio del estudiado desaliño en que se hallaba. Ondeaba libre el cabello sobre la espalda, que apenas cubría un delgado cendal; y al incorporarse cuando vió entrar al Conde, dejó ver un talle que hubiera podido dar envidia a la misma diosa de la hermosura; el enojo por la demasía del mayordomo en empeñarse en verla contra su expresa voluntad, habín encendido el color del rostro, pálido otras veces a causa de sus continuados disgustos; y en una palabra, la figura de la Reina de Castilla era en el momento de que hablamos la más seductora que puede imaginarse.

«¿Hasta dónde piensa el Conde Ansurez llevar el desacato y la injuria?» exclamó furiosa doña Urraca al entrar en su cuarto el mayordomo.—«Sus intentos »son vanos, contestó el Conde de Candespina alzándose la visera; deponga V. A. »todo temor.—¡Dios de bondad! ¿Vos en Sòria, Conde?—Sí señora; mientras »haya en mis venas una gota de sangre se consagrará al servicio de mi Reina.— »Lo que importa, dijo el prudente D. Diego, es que S. A. se vista y salgamos »pronto de aquí.—¿Dónde vamos?—Al campo de Castilla, señora; no pierda V. A. »tiempo.» Vistióse la Reina lo mejor y más de prisa que pudo, con no poco embarazo por verse precisada a hacerlo delante de aquellos caballeros: pero ellos con la debida discreción le volvieron la espalda en tanto que lo hacía, prefiriendo justamente cometer tal descortesía a ofender con sus miradas el pudor de su soberana. Aprovechando este intervalo se aproximó Hernando al Conde de Ansurez: «¿Dónde está doña Leonor de Guzmán?—Ya he dicho que en un convento »por orden del Rey.—¿En qué convento?—En el de ***.—¿Está muy lejos de »aquí?—No.—Poned una orden por escrito para que la abadesa la deje salir in- »mediatamente.—¡Una orden!...—Sin réplica.—¡Cómo abusáis de mi situación!— »Si no estuvieras en ella ya hubieras probado el hierro de la lanza de Hernando »de Olea. La orden al momento, aquí hay recado de escribir, ponla.»

Es de advertir que a pocos instantes de estar en la estancia de la Reina los caballeros castellanos, hizo el Conde de Candespina que el de Ansurez mandase desde la puerta a la dama que estaba de guardia en la antecámara que diese las órdenes convenientes para que lo más pronto posible se pusiese una litera para S. A.: obedeció la dama, y casi en el mismo instante en que doña Urraca acababa de vestirse anunciaron que estaba pronta la litera. Cubrióse la Reina con un manto negro, y salió llevando a su derecha a su mayordomo, a la izquierda el Conde de Candespina, y detrás a D. Diego y Hernando. La presencia del Conde de Ansurez alejaba todo género de sospecha, pues acostumbrados todos en So-

ria a mirarle como él favorito del Rey, y a manera de gobernador de la Reina, respetaban sus acciones, aun aquellas que salían del orden regular, como se veneran los arcanos de la Providencia; por lo mismo aunque algunos cortesanos vieron salir a la Reina con tan poco aparato, y en hora desusada, no lo extrañaron; o al menos si lo extrañaron guardaron silencio, pensando que se haría con acuerdo del Rey. Poco después, a la orden de D. Pedro de Ansurez se abrieron las puertas del convento y les entregaron a doña Leonor, a la que Hernando puso a las ancas de su caballo y se alejó a todo galope de los muros de Soria.

***

A corta distancia de Soria, y oculto al pie de un pequeño cerro, había dejado un escuadrón el Conde de Candespina, según hemos dicho; y así es que una vez fuera de los muros de aquella ciudad pudo la Reina deponer todo temor. Detúvose su litera el tiempo necesario para que despojándose algunos caballeros de sus vestiduras de almugávares, calasen el morrión y montasen a caballo; y aprovechando este intervalo, enteró D. Gómez a la Reina de los medios que había empleado para sacarla por segunda vez del poder de su marido. Ocioso será decir que llena de admiración y reconocimiento, no encontraba Doña Urraca expresiones bastantemente fuertes para ponderar su gratitud; y si hemos acertado a pintar con alguna verdad el carácter del Conde, creemos también que no habrá uno de nuestros lectores que no conciba su placer viéndose tan favorecido de su Señora, y que una sola de sus expresiones bastaría para hacerle arrostrar mil muertes en su defensa.

Empezaba el sol a declinar al occidente, dejándose apenas sentir la benéfica influencia de sus rayos, cuando dieron vista al campo castellano D. Gómez y su escuadrón. Los centinelas de los reales que vieron venir con tan buen orden a ellos en número bastante crecido de soldados, dieron la alarma. Resonaron en la vasta extensión del campo los bélicos instrumentos; corrieron a las armas soldados y caballeros; y en poco tiempo se reunieron bastantes para poder hacer frente al enemigo, mientras el resto se organizaba.

No había probado hasta entonces el Conde de Lara más que las dulzuras del mando; y la crónica dice, que en el momento de que hablamos, creyendo que de improviso venía sobre él D. Alfonso con todo su poder, hubiera de buena gana renunciado su honorífico puesto. Hubo sin embargo de conformarse, y armado de todas armas se presentó al frente del campo.

Ya en esto se habían aproximado bastante a él los que acompañaban a la Reina; y adelantándose el Conde de Candespina se dió a conocer al ejército.

«Bien ha hecho Vueseñoría, señor Conde, dijo el de Lara, en descubrirse a »tiempo, porque sino hubiéramos podido daros un mal rato.—Dios solo sabe »quien lo hubiera tenido, Conde D. Pedro; más lo que importa es que Vueseño»ría se aperciba para recibir dignamente a S. A.—¡Santos Cielos! ¡Qué decís, »D. Gómez? ¿A S. A.?—¿A S. A.? repitieron en coro los oficiales que rodeaban »a D. Pedro:—¿A S. A.?» exclamaron oyéndolo los más próximos, y a la manera con que herida la mansa corriente de un caudaloso río por una piedra, se forma sucesivamente en torno de esta multitud de círculos cada vez mayores, hasta que se terminan en las orillas, así también la voz «¿A S. A.?» se extendió por todo el campo, repitiéndola confusamente los ecos de los vecinos montes.

«Sí, caballeros, continuó el Conde de Candespina, sí, soldados castellanos, »nuestra Reina Doña Urraca es la que va a honrarnos con su presencia.—*Viva la »Reina, viva su libertador*», exclamaron unánimemente cuantos alcanzaron a oirle, y precisamente entonces llegó Doña Urraca. Apeóse de la litera para gozar libremente, dijo, de la vista de sus vasallos, y habiéndose apeado también todos los caballeros, fué el Conde de Lara a rendirla el debido homenaje, y tomar en su calidad de general las órdenes de S. A. «¿Cómo, exclamó Doña Urraca entre »sorprendida e indignada, cómo? ¿Conde de Candespina, no sois vos el caudillo »de mis tropas?—Señora, contestó éste, el Conde de Lara y yo alternamos en el »mando.—¿Y quién ha alternado con vos para exponerse dos veces a riesgos »eminentes por salvarme? ¡Ah, castellanos, castellanos!» Felizmente para el

Conde de Lara, el respeto tenía bastante lejos de la Reina a todos los jefes del ejército: sin lo cual hubieran oído la justa y amarga reconvención que sus últimas palabras contenían; mas no dejó de producir en D. Pedro el más vivo resentimiento, o por mejor decir, la más negra envidia por lo que D. Gómez acababa de hacer. Cualquiera otro hombre de su calidad a quien la Reina hubiera hecho semejante alusión, habría contestado con aspereza y tal vez con desacato; mas el Conde de Lara sabía dominarse, y contando con los recursos que aun le quedaban no se dió por entendido de lo que oyó. La alegría del campo castellano es imponderable.

Un solo hombre era el que entre tantos dichosos gemía dolorosamente viendo frustrados sus más caros proyectos, y pendiente sobre su cabeza la cuchilla de la justicia de la Reina: Don Pedro Ansurez, custodiado por una fuerte escolta al mando de D. Diego López, y conducido en pos de la triunfante Doña Urraca, como en la soberbia Roma seguían los cautivos el carro de sus vencedores: ¡Extraña visicitud de la fortuna! Veinte y cuatro horas antes pendía de su voluntad la suerte y la vida de los que en aquel momento eran árbitros de la suya.

Después de haber corrido en esta disposición todo el campo, para que los soldados se cerciorasen de que en efecto se hallaba en él, se retiró la Reina a la tienda de Lara, que por su magnificencia, acaso extremada para un guerrero, se juzgó la más digna de tener la honra de hospedarla. En ella recibió a las personas más distinguidas del ejército, y nada le quedó que hacer para que todos saliesen a cual más encantado de su afabilidad y dulzura: pero el Conde de Candespina fué la persona a quien particularmente parecía dirigir sus afectuosas miradas. Cada vez que un noble la felicitaba por su inesperada libertad, «ved aquí, »decía, el que ha hecho este milagro: Castilla le debe su Reina y Doña Urraca la »libertad y la vida.—¡Ah, señora, contestaba el Conde; ¿quién no expondrá gus»toso mil vidas por una Reina como Doña Urraca?»

Así que se hubo apaciguado algún tanto el tumulto causado por la inesperada aparición de Doña Urraca, y que satisfechos de haberla visto los caballeros castellanos: dejaron desembarazada su tienda, quedando solamente en ella los Condes de Candespina y Lara, y algunas de las personas de más cuenta, volvió de nuevo a resonar el campo con gritos de alegría: la multitud de los soldados seguían a un caballero, montado en un caballo casi exánime de fatiga, y que apenas podía sostener su peso, y el de una enlutada dama que a las ancas llevaba.

«Es Hernando de Olea, gritaban los soldados. Es el valiente Hernando.—Sí, »camaradas, contestaba nuestro Hernando. Yo soy: vuelvo a pelear, a vencer »con vosotros.»

«Leonor, exclamó la Reina viéndola entrar. ¿Tú también aquí? Ya nada me »falta.—Verdaderamente, Señora, contestó el Conde, a quien las bondades de »Doña Urraca tenían de festivo humor, parece que el buen Hernando ha aparta»do poco de su memoria a Doña Leonor desde...—Callad, Conde, que hacéis ru»borizar a mi camarera. Veamos, Hernando, qué recompensa pedís: os mando »que la señaléis.—Pues V. A. lo exige, diré... que... Señora... el Conde ha inti»cado...—Que amáis a Leonor; válgame el Cielo, que amante sois tan tímido. »Será preciso que yo hable por vos.—Señora, V. A. ha adivinado mis pensamien»tos.—¿Y qué dices a esto, Leonor? sólo falta tu consentimiento para que seas »esposa de Hernando.—No tengo más voluntad que la de V. A.: y Hernando tie»ne demasiados títulos a mi agradecimiento para que yo pueda negarle nada. «Mas hasta tanto que V. A. esté pacíficamente en su trono, Leonor de Guzmán »no pensará en casarse.»

La tienda de la Reina era en aquel instante el templo de la felicidad.

***

Entretanto D. Alfonso de Aragón estaba en Soria ocupado en despachar los negocios de su reino, cuando la dichosa temeridad del Conde de Candespina sacó de aquella ciudad a la Reina de Castilla. La poca armonía que reinaba entre él y su esposa era causa de que no se vieran, aun viviendo juntos, más veces que las necesarias para cumplir como suele decirse con el mundo; y el número

de sus forzadas entrevistas se redujo en Soria a una sola al día, que se verificaba ordinariamente a la prima noche, y en presencia de tres o cuatro cortesanos de los más favorecidos. Así es que D. Alfonso hubiera ignorado hasta la noche la fuga de su esposa, a no habérsela revelado antes la falta de Conde D. Pedro Ansurez. Raro era el día en que este Señor no veía al Rey dos o tres veces para darle cuenta de los negocios de Castilla: y como jamás se verificó que dejase de presentarse al menos una vez antes de la noche forzosamente hubo D. Alfonso de extrañar que llegase la media tarde sin haberle aun visto.

La idea que en aquel momento ocurrió a D. Alfonso, fué la de que Doña Urraca no pudiendo de otro modo sustraerse a su autoridad, se habría retirado al inviolable asilo de algún convento de religiosas. De todos modos se practicaron mil diligencias a cual más infructuosas.

No era D. Alfonso hombre cuyo enojo se limitara a simples amenazas; la saña que ardía en su pecho solo en la sangre de sus contrarios podía apagarse; y así resolvió hacerlo. Reunidos en poco tiempo en el alcazar los nobles aragoneses presentes en Soria, recibieron orden de hallarse dispuestos a salir con sus tropas al amanecer del siguiente día para pelear contra los castellanos. Dividiéronse los pareceres entre aquellos señores; los jóvenes dejándose llevar por el ardor propio de sus pocos años, recibieron con indecible placer el mandato del Rey; pero los más avanzados en edad, capaces de mayor reflexión, lo consideraban como imprudente. Las fuerzas de los castellanos eran en efecto considerables.

Por su parte los parciales de Doña Urraca, que teniéndola ya consigo ninguna causa tenían para detenerse delante de Soria, movieron su campo hacia Burgos con todo el concierto y precaución posibles; pues aunque el Conde de Candespina no quiso de ningún modo aceptar ostensiblemente el mando hasta que concluyese el plazo señalado en su pacto con el de Lara, sin embargo nada se hacía sin su acuerdo desde que se le vió tan favorecido de la Reina.

La Reina continuó su marcha acompañada del Conde de Lara, quien viéndose libre de la embarazosa presencia de Don Gómez, empezó a dar libre curso a su carácter lisonjero.

«Preciso es, señora, confesar, decía a Doña Urraca, que si es grande el valor »del Conde de Candespina, no lo es menos su buena estrella.—¿Por qué?—¡Y »V. A. lo pregunta? ¿qué dicha puede apetecer un caballero mayor que la de con»sagrar sus servicios a la Reina de Castilla, a la Reina de la hermosura?—No »gusto de lisonjas, Conde de Lara.—Perdone V. A. si mi lengua indiscreta ha »ofendido su modestia: pero es tal la fuerza de la verdad...

El Conde de Candespina eligió tan bien sus posiciones para sacar partido de la ventaja que en el número tenía sobre los aragoneses, que a pesar de las acertadas medidas de D. Alfonso, la victoria tardó poco en decidirse por los castellanos. Rechazados por todas partes los aragoneses volvían sin embargo a la carga repetidas veces, no perdonando sus jefes medio alguno para estimularlos al combate: mas todo fué inútil; los castellanos dieron sobre ellos con tal furia, que rotos los escuadrones enteramente, no les fué posible volver a rehacerse. El mismo D. Alfonso, conociendo la imposibilidad de conseguir su fin, resolvió retirarse, y le fué menester emplear toda su ciencia y valor para poder hacerlo con los pocos que a su lado conservaban aún algún orden.

***

D. Alfonso imposibilitado por falta de tropas de renovar sus ataques contra el ejército de Doña Urraca, regresó a Soria: de allí marchó a Aragón llamado por asuntos de la mayor importancia; y abandonando por entonces las cosas de Castilla en manos del destino, dedicó su atención a las guerras que contínuamente sostenía contra navarros y franceses. Y no fué ésta la única circunstancia que contribuyó a favorecer el partido de la Reina, sino que apenas llegada esta señora a Burgos, ciudad que se entregó sin demora por capitulación, se recibieron cartas de Compostela, en las cuales anunciaba su arzobispo que el Sumo Pontífice le había comisionado para que en su nombre juzgase definitivamente de la validez del matrimonio entre Doña Urraca y D. Alfonso.

Todo esto lo sabía el Conde de Lara, y de todo sacaba partido: su casa era el centro, el foco, digámoslo así, de cuantas diversiones y festejos se disfrutaban en la corte. De ella salían las modas en el vestir, las divisas para los torneos y las serenatas nocturnas; la reputación de las damas, no era, es verdad, muy respetada entre sus secuaces: pero en cambio no había género de galantería que no se inventase para deslumbrarlas, y particularmente a Doña Urraca.

En la corte, en misa, en paseo, nunca dejaba de presentarse a la Reina el Conde de Lara con cuanta gala y bizarría podía ostentar; seguíanle sus amigos, y él y ellos no cesaban de alabar cuanto hacía y decía la Reina. Desgraciadamente era ésta harto sensible a la lisonja, y manejada con arte por un caballero galán y discreto, no podía dejar de hacerla alguna impresión, sobre todo por el notable contraste que ofrecía este proceder con el del Conde de Candespina. Afluente y adulador el primero, lacónico y grave el segundo; severo el uno, licencioso el otro; encomendando aquel a los hechos de mostrar su pasión sin hablar nunca de ella, y manifestándola el otro con cuantas exterioridades alcanzaba: en todo eran distintos. Doña Urraca tenía inclinación a los placeres, y aborrecía sobre todas las cosas sujetarse a ajena censura; de modo que D. Gómez era para ella un amigo de cuya sinceridad no podía dudar: pero al mismo tiempo un hombre rígido, a quien miraba mas bien como a padre que como a amante: D. Pedro de Lara, que por el contrario siempre se hallaba dispuesto no sólo a tomar parte en cualquiera diversión, sino a inventarlas en caso de necesidad y que parecía adivinar los deseos de la Reina, era muy a propósito para cautivar su corazón. El agradecimiento y la razón militaban por D. Gómez; pero Don Pedro tenía a su favor las naturales inclinaciones de la Reina.

Aún no había pasado un mes desde que esta señora se hallaba en Burgos, y ya su conducta era totalmente distinta, que cuando llegó a aquella capital de sus estados. Consultaba como siempre los árduos negocios del reino con el Conde de Candespina; mas en vez de seguir solamente su dictámen como al principio lo hacía, nunca dejaba de pedir el suyo al Conde de Lara, cuya influencia y valimiento se aumentaban visiblemente. Mas a pesar de todo no estaba D. Pedro satisfecho, conociendo que la lucha era todavía muy desigual, pues al cabo no podía desvanecer los servicios positivos de D. Gómez. Ocurrióle para alejarle de la Reina un expediente plausible, y se lo propuso a ésta en ocasión de un festín que se daba en el alcázar. «Pensativo estáis, Conde de Lara, dijo la Reina, viendo que por primera vez no tomaba éste, al parecer, interés en la brillante reunión que encerraba el alcázar. ¿Estáis por ventura enamorado?—Pudiera decir a V. A. que sí, en caso de poderse llamar amor el que se profesa a un Dios; pero debe decirse de esto adoración.—Sútil estáis, pero al cabo no sabremos qué os ocupa tanto el pensamiento.—Lo que siempre, señora; los intereses de Vuestra Alteza. La voluntad de V. A. es.—Decid pues.—Pensaba, señora, que D. Alfonso no dejará de tener sus agentes en Compostela, y que la presencia de V. A. en aquella ciudad sería muy útil para la pronta y mejor decisión del juicio en cuestión.—No está mal pensado, Conde de Lara, y yo os agradezco la solicitud; pero no me parece prudente dejar a Castilla en este momento.—Si V. A. dejase en estos Reinos una persona de toda confianza, como el Conde de Candespina, ¿no bastaría su presencia para mantenerlos en la debida obediencia?—Pudiera ser.—Verdad es que tendría V. A. de privarse por algún tiempo de sus consejos: ¿Mas Doña Urraca de quién necesita para dirigirse?—Pensaré en vuestro proyecto, que no me parece despreciable.»

La Reina empezaba a cansarse de la estancia en Burgos, y tanto para variar de posición, como con la idea de acelerar su divorcio, resolvió su viaje a Compostela, anunciándoselo así al Conde de Candespina la mañana misma que siguió a la noche del festín de que acabamos de hablar.

D. Gómez a pesar de que sentía vivamente tener que separarse de la Reina, no se atrevió a oponerse a su voluntad, y consintió, aunque no sin pena, en sacrificar sus intereses personales a los de Doña Urraca. Esta se manifestó con él tan cariñosa en aquella ocasión, que poco le faltó ya al Conde para arrojarse a

sus pies y declarar abiertamente su pensamiento; contúvose sin embargo reflexionando que aún era esposa de otro.

***

Aprovechando el Conde de Candespina las treguas que en aquellos tiempos daba el invierno a la guerra, fué a León, ciudad en que doña Urraca tenía entonces su corte, movido tanto por el deseo de verla como por el de empezar a disponer las cosas para su proyecto favorito; pues disuelto ya el matrimonio de la Reina su pretensión era legal. La manera con que doña Urraca se había separado de él, prodigándole las señales del más sincero afecto, le hacía creer con fundamento que sus proposiciones serían favorablemente acogidas, y entregado a las más lisonjeras esperanzas, dió vista a las torres de la ciudad de León; pero aún distaría una media legua de ella cuando salió a recibirle su fiel amigo Hernando de Olea. Pasada la alegría del primer momento, trabaron conversación. «Decidme ahora algo de vuestros asuntos: ¿cuándo os casáis con la bella Leo»nor?—No se tardará mucho, D. Gómez; por la Reina ya estaría hecho.—La Rei»na continúa interesándose por vos.—¿Qué sé yo? No quisiera anticiparos un »disgusto.—Hernando, en nombre de la amistad que nos une, decidme qué es lo »que se ha mudado.—Todo: doña Leonor no goza ya de la privanza que antes »con la Reina; Hernando y D. Diego López son respetados en la corte porque es »fama que tienen muy larga la espada; el nombre de Candespina se pronuncia »aún alguna vez en el alcázar, pero a modo de palabra de conjuro, en voz baja y »como si fuera un delito.—¿Pero a qué atribuir tan extraña mudanza? Cuando la »Reina salió de Burgos...—Cuando la Reina salió de Burgos estaba muy recien»te el servicio que acabábais de hacerla, y no había tenido tiempo aún el vil don »Pedro González...—¿Y es posible que haya caído en redes tan groseras?—Es »mujer, y...—Teneos; es nuestra Reina.—Vos lo veréis.—Podrá ser; pero nunca »me olvidaré de que soy su vasallo.—Ni yo, D. Gómez; mas me duele ver que un »miserable se lleve el fruto de vuestras fatigas.—Dejémoslo a la mano de Dios, »que él lo dispondrá como más convenga.»

Razonando así llegaron a León. No dudaba el Conde de la sinceridad de su amigo; pero como a pesar de todo el cariño que le profesaba no tenía la más alta idea de su penetración, dudó dar crédito a cuanto le refería, creyendo se hubiese fascinado por un exceso de amistad. Hizo que su amigo anunciase a la Reina su llegada, pidiendo al mismo tiempo permiso para presentarse a besar sus pies. Fué Hernando a desempeñar aquella comisión precisamente en un momento en que el Conde de Lara se hallaba en compañía de la Reina. «¡D. Gómez en »León! exclamó algún tanto turbada doña Urraca.—¿Sin consentimiento de vues»tra alteza? añadió imprudentemente Lara.

Salió Hernando y quedaron solos la Reina y Lara pensativos además uno y otro. Por primera vez meditaba doña Urraca en qué había dejado, que bajo todos aspectos, adquiriese demasiado ascendiente en su espíritu el rival del Conde de Candespina. Las pretensiones de éste a su mano estaban autorizadas, no sólo por sus recomendables prendas y servicios relevantes, sino además por la opinión del pueblo y el voto expreso de la mayoría de la nobleza. «V. A. me dará su »permiso para que yo me retire.—¿Y para qué? ¿dónde vais?—Señora, mi pre»sencia en este momento, cnando no molesta, es al menos inútil.—Si lo fuera, la »Reina os lo hubiera manifestado.—No quiera Dios que yo ofenda a V. A.; pero »V. A. va a recibir...—¿Al Conde de Candespina?—Sí señora, a ese mortal pri»vilegiado que dos veces ha tenido la dicha de salvar a V. A.; al que una vez fué »propuesto para vuestro esposo.—Vuestra presencia no me impedirá el recibir»le.—¡Señora!—Quedaos.—V. A. quiere que yo mismo pronuncie mi sentencia de »muerte.—¿Qué estáis diciendo, Conde de Lara? ¿Habéis perdido el juicio?—Sí »señora, loco debo de estar, pues he osado...—¿Qué es lo que habéis osado?— »Voy a decirlo; pero al menos prométame V. A. su indulgencia.—Concedida; ha»blad.—Y bien, señora, mi temeridad es inaudita: miserable mortal, me he atre»vido a poner los ojos en el cielo. Amo, adoro, idolatro a V. A. (dijo esto arro»jándose a los pies de la Reina), me habéis prometido indulgencia. Sabéis mi fa-

»tal secreto; queréis aún que presencie el triunfo del que...—Basta; reportaos, »que alguien se acerca»; y humedecidos los ojos tendió la mano a Lara para ayudarle a levantarse.

Un hombre se acercaba en efecto, y era el mismo Conde de Candespina. Jamás hubo personas más turbadas que la Reina y los dos Condes. El de Candespina, a pesar de venir ya prevenido por Hernando, no quería dar crédito a sus ojos viendo la reserva de doña Urraca; ésta, después de haberse informado de la salud de D. Gómez, hizo rodar la conversación sobre asuntos políticos, con objeto de serenarse y disimular más bien su turbación; y Lara, recobrando en un instante su aire apacible y lisonjero, se mostró con el Conde de Candespina como hubiera podido hacerlo su más sincero amigo.

A pesar de toda su filosofía, aquel golpe fué mortal para D. Gómez. Llegó a su casa tan demudado que los criados se asustaron al verle; mas él, asegurándoles que nada tenía de particular, se encerró en su cuarto dando orden que a nadie se dejase entrar, incluso el mismo Hernando de Olea. Así permaneció luchando entre mil afectos contrarios hasta el siguiente día por la mañana, que dió la orden de que todo se hallase dispuesto para salir de León antes de dos horas, y en seguida salió dirigiéndose al alcázar.

No había pasado aquellas veinticuatro horas doña Urraca muy agradablemente: la inclinación y el deber la indicaban dos caminos opuestos uno al otro. Su corazón se había ya decidido; pero la justicia clamaba contra aquella elección, y la Reina no podía acallar el grito de su conciencia.

***

No era posible presentarse a doña Urraca en ocasión más oportuna para los intereses del Conde de Candespina: la especie de reclusión en que la Reina pasó las veinticuatro horas que hemos dicho, había dispuesto su espíritu de muy distinto modo que se hallaba el día anterior. Lara no la había podido ver de ningún modo: doña Urraca conocía su debilidad; recibirle y exponerse a que renovara la plática de su amor, era arriesgarse a darle, a su pesar tal vez, esperanzas a cuya realización se oponían gravísimas razones. Quiso pues tomarse tiempo para fortificarse en la resolución de prohibirle que la requiriese de amores, y cuantas reflexiones hacía con este objeto redundaban en favor de D. Gómez.

El semblante de éste descubrió desde luego a la Reina la agitación en que se hallaba; y como la causa de ella no podía tampoco ocultársela, se conmovió singularmente. «Entrad, Conde, y sentaos, que vuestra salud no parece mucho me»jor que la mía.—Mi salud, señora, es harto buena.—¡Ojalá!... Mas yo no vengo »a molestar a V. A. con quejas de mi mala suerte, y si sólo a tomar su venia pa»ra retirarme de la corte.—¿Cuándo?—Hoy.—¿Por cuánto tiempo?—Lo ignoro; »acaso por siempre, a menos que V. A. tenga necesidad de mi persona, que en»tonces...—Será pues excusado que os marchéis; vuestra persona me es siempre »útil.—Señora, ¿en las circunstancias actuales y en León, de qué puede servir el »Conde de Candespina? Es sobradamente sincero para ser buen cortesano, y no »faltan a V. A. caballeros que en esta materia suplirán muy ventajosamente su »falta.—Conde D. Gómez, con mucho menos de lo que habéis dicho bastaria pa»ra que la Reina de Castilla dejara libre para marcharse de su corte a cualquie»ra otro caballero de ella; pero a vos a quien debo el trono y la vida...—Olvide »V. A. servicios que ya están recompensados.—¡Olvidarlos! Jamás.—Pues bien, »señora, en premio de ellos no pido a V. A. más gracia que su licencia para de»jar la corte.—¿Qué es esto, D. Gómez? ¿Quién ha sido el que os ha dado cau»sa?...—Nadie, señora. Mi carácter solo... Negocios particulares. En fin, seño»ra, es indispensable aun para la tranquilidad de V. A. misma que yo me retire »de León.—Conde, Conde, a vuestro pesar se os conoce que os domina la cólera. »—¡La cólera! ¿Por qué, señora? ¿Por qué? Si la cólera me dominase medios ha»bría de satisfacerla, mi brazo puede aún manejar una espada, aún soy...—Con»de, recordad con quién habláis.—¡Ojalá no lo tuviera tan presente! Ved, seño»ra, uno de los motivos por qué deseo separarme de la corte: criado en los cam»pos de batalla, acostumbrado al trato sin dobleces ni arterías del simple solda

»do, el Conde de Candespina no puede vivir en donde, perdóneme V. A. que lo »diga, la verdad es un crimen, la adulación una costumbre, la hipocresía una vir»tud necesaria. No señora, yo no puedo, no debo quedarme. Cuando V. A. vea »sus reinos amenazados por enemigos interiores o extraños, entonces mi espada, »mi persona, mi vida, serán las primeras...—No lo dudo, D. Gómez, vuestra »lealtad me es conocida, y en favor de ella puedo olvidar la dureza de algunas »de vuestras expresiones. Mi amistad...—¡La amistad de doña Urraca! ¡Amistad, »señora! yo hubiera querido no estar largo tiempo en presencia de V. A. La dis»posición de mi espíritu es sobradamente violenta para poder contenerme...—Y »bien, decid cuanto queráis; pero calmaos.—¿Qué es lo que he de decir? lo que »V. A. está cansada de saber; lo que nadie ignora en Castilla.—No alcanzo.— »Sí señora, V. A. lo sabe. ¿Por ventura tan pocos años hace que amo a V. A.?— »Amarme, ¿y os atrevéis?...—¿Por qué no? ¿Es un delito amar? Tormento podrá »ser para el infeliz amador; ofensa para el amado jamás. La barrera está ya ro»ta, ahora V. A. debe saber el resto: quizá de este modo se convencerá de que »debo alejarme.—Norabuena; concluid.—No seré largo; no molestaré a V. A. re»cordándola las infinitas pruebas que tiene de mi amor, aunque jamás esta pala»bra haya salido de mi boca hasta hoy: no hablaré tampoco de que la nobleza y »el clero de Castilla me honraron proponiéndome...— Lo sé: continuad.—Sí seño»ra; todo esto nada importa; la voluntad de V. A. es la sola que puede decidir en »esta materia, y ya ha decidido.—Os engañáis.—Plugiera a Dios.—Os lo asegu»ro.—Señora, ¿por qué se complace V. A. en atormentarme?—Lejos de eso, de»seo tranquilizaros.—¡Imposible! ¡imposible! Tranquilidad para mí, solo en la »tumba. Cuatro años trabajando, suspirando sin cesar solo para conseguir un ob»jeto, y en el momento en que más me lisonjeaba la esperanza, cuando tal vez »hubiera podido lograrlo, otro hombre se presenta.—¿Quién?—El Conde de La»ra.—¿Qué decís?—La verdad.—Quién os lo ha dicho.—Mis ojos; Castilla ente»ra.—Os han engañado, Conde D. Gómez. ¿Queréis más? Doña Urraca descien»de a daros satisfacciones: ved si aprecia vuestros servicios.—Si pudiera per»suadirme...—Persuadíos pues...—V. A. tiene demasiada bondad con un frenéti»co indigno de ella; pero es preciso que yo deje a León.—¿Por qué? ¿No basta »lo que he dicho?—No señora, no basta: yo me he aventurado a hablar a V. A. »de mi amor; esta confesión exige una respuesta. ¡Dios mío! ¿quién si os oyera »diría que es un vasallo el que habla con su Reina? Sois singular.—Respondedme, »señora, os ruego...—Terminemos esta conversación, Conde; vos y yo estamos »harto agitados para poder continuarla. No os mando como Reina, como dama »os suplico que os quedéis en León.—V. A. sabe que soy esclavo de su voluntad. »—Pues bien, retiraos por ahora y no salgáis de mi corte.—¿Sin una palabra?— »¿Bastará que os diga que a nadie conozco en Castilla más digno de ser amado »que a vos?—Ah, señora, añadid que no seréis de otro...—Nunca, Conde; idos.»

Cuando el Conde se decidió a ir a pedir a doña Urraca permiso para salir de León, llevaba en efecto intención de limitarse a hacer su súplica, sin entrar en más explicaciones, convencido de que ni la Reina se las pediría, ni dejaría de aprovechar con mucho gusto la ocasión que él mismo presentaba para desembarazarse de su presencia; pero la inopinada resistencia que opuso doña Urraca a su partida, llegó a encender su ánimo de tal modo, que ya no le fué posible contenerse. Por su parte la Reina, apreciando en su merecido valor las buenas calidades y afecto hacia ella del Conde, no podía consentir en que abandonase la corte, como descontento de ella, un hombre conocido en España entera por los servicios que la había prestado, y las virtudes que le adornaban. Hallaba, es cierto, más gracias en D. Pedro de Lara; pero el mérito evidente de D. Gómez la obligaba, por decirlo así, a profesarle cierto afecto más ardiente que la amistad, aunque no pudiera llamarse amor. Así fué como sin que ni el uno ni el otro hubiesen formado proyectos anteriores se explicaron completamente en la conversación que acabamos de referir, la cual se terminó retirándose el Conde de Candespina a su casa tan gozoso como triste había salido de ella, y quedándose la Reina satisfecha de haber, en cierto modo, pagado la deuda que con él tenía.

El Conde de Lara se presentó en el alcázar para ver a la Reina. Aunque S. A. no había querido recibirle en todo el día anterior, calculaba acertadamente Don Pedro que era por efecto de su declaración amorosa, que estando demasiado reciente haría que la Reina no pudiera verle sin turbarse; pero ya pasadas veinticuatro horas pensaba que habría tenido tiempo para serenarse y que en en consecuencia le recibiría. Se engañó sin embargo en sus conjeturas: en vano insistió en que se le anunciase a la Reina que se hallaba allí: se le contestó que S. A. estaba conferenciando con el Conde de Candespina, y que había absolutamente prohibido que nadie entrase. «Eso no puede entenderse conmigo, dijo or»gullosamente.—Vueseñoría se engaña, le contestaron: está expresamente dicho »que no entre el Conde de Lara.—¿Cómo? ¿Será posible?—Sí, Señor.» Iba el Conde a contestar; pero felizmente acaso para él, salió el de Candespina de la cámara de la Reina con un semblante tan gozoso que llamó la atención de todos. Cual fué la turbación del orgulloso D. Pedro viéndose desairar a la faz de todos los cortesanos, fácil es de pensar. Supo contenerse en público y afectar un semblante sereno: pero sus entrañas se abrasaban, y juraba interiormente arriesgarlo todo para vengarse de su rival. Dominado de tales sentimientos llegó a su casa, y llamó a Lope, criado, para encargarle una comisión de la cual pendía el éxito de todos sus proyectos.

«Lope, le dijo el Conde, te tengo mandado que trabes amistad con los criados »inferiores del alcázar.—Sí Señor.—Y que averigües cuidadosamente todas las »interioridades. Toma esta bolsa, gasta sin temor, y cuenta con buena recompen»sa, si antes de la noche logras introducirme secretamente en el jardín del alcá»zar.—¡Antes de la noche, Señor?—Sin remedio: marcha y ten presente lo que »voy a decirte: El Conde de Lara recompensa con oro a sus servidores: pero »tiene un puñal para los indiscretos.—Crea Vueseñoría que yo...—Basta; marcha »a ejecutar mis órdenes.»

La Reina tenía costumbre de bajar ordinariamente sola, o cuando más acompañada de una de sus damas, a pasearse por los jardines del alcázar al ponerse el Sol; y el Conde de Lara que en la época de su privanza había tenido alguna vez que otra el alto honor de ser exceptuado de la regla que excluía a todo hombre de aquel paseo, sabía por consiguiente que en ningún momento se presentaría ocasión más oportuna para hablar a Doña Urraca. La dificultad consistía solo en penetrar en aquel recinto sagrado; mas como el oro todo lo puede, el jardinero Cosme, merced a una dosis más que regular de un vino añejo, tan delicioso para él como el néctar de los Dioses, y a unos cuantos maravedises, puso en manos del astuto Lope una llave de la puerta falsa del jardín del alcázar. Lleno de aquel júbilo infernal que siente todo malvado cuando acaba de hacer una buena picardía, corrió Lope a llevar a su digno amo la llave del jardín que aquel recibió con el contento fácil de imaginar, y en él esperó, no sin alguna inquietud, la llegada de la Reina, cuyo paso lento y mesurado no tardó en herir sus oidos. Doña Urraca venía sola, pues en ninguna ocasión mas que en aquella tenía motivos de entregarse a las más serias reflexiones. Los Condes de Lara y Candespina la ocupaban enteramente: no sabía por cual decidirse: pues aunque es cierto que entonces aun a su mismo entender se inclinaba la balanza en favor de D. Gómez, sin embargo, la imágen seductora de D. Pedro la perseguía sin cesar. Tal era la perplejidad en que se hallaba, cuando llamó su atención el ruido de las hojas movidas por Lara, que saliendo de su escondite se presentó de repente a sus ojos; y antes de que hubiera tenido tiempo de pronunciar una sola palabra, ya el cortesano arrodillado a sus pies besaba humildemente la falda de su vestido. «Sus»penda V. A. su enojo, dijo, interrumpiéndose con profundos sollozos: soy culpa»ble, es verdad; pero la causa de mi delito es V. A. misma...—¡Cómo! ¿Conde de »Lara, habéis osado?...—Arriesgarlo todo para ver a V. A. ¿qué otro medio me »quedaba? Arrastrado por el ímpetu de una pasión irresistible yo mismo pronun»cié mi sentencia declarando mi amor, V. A. me ha castigado privándome de su »presencia. Yo vengo a pedir la muerte mil veces preferible al tormento de no

ver a Doña Urraca.—¿Y no podíais haber esperado?...—Sí Señora, si el amor fuera capaz de esperar; pero me ha sido imposible.» El resto de la conversación que siguió sobre ser demasiado prolija, es además de tal naturaleza que nos parece excusado abusar de la paciencia de nuestros lectores referírsela menudamente. El hecho es que fué larga: que en ella desplegó Lara todo su arte, no de amar, sino de seducir; y que Doña Urraca le dejó ver demasiado la inclinación que le tenía. Sin embargo, le declaró positivamente que estaba resuelta a no partir el Trono con nadie, pero Lara que conocía a la Reina, esperaba, quizá no sin fundamento, que cediendo por entonces a todo, el tiempo y su maña la harían mudar de propósito. Habiendo pues, logrado a fuerza de ruegos y extremos que Doña Urraca prometiera recibirle al siguiente día en el mismo paraje, aunque en presencia de una dama, de quien por ser parienta de Lara creyó poder fiarse, se retiró muy entrada la noche a su palacio.

***

Doña Urraca acababa de comprometerse, por decirlo así, con los dos Condes y buscaba inútilmente algún medio para quedar airosa con ambos. Candespina se veía a punto de recobrar su ascendiente, y a su entender de conseguir todos sus deseos. Lara, aunque en realidad había perdido momentáneamente como privado, conocía que como amante estaban sus negocios en el mejor estado; y por último, Doña Leonor y Hernando, que en aquel día debían unirse con lazo indisoluble, es de presumir que tampoco estarían muy tranquilos. La magnífica catedral de León se había adornado con el mayor aparato para la ceremonia religiosa que se preparaba: los habitantes de la capital circulaban por las calles vecinas al alcázar, esperando con ansia el momento en que la desposada saliese de él acompañada de la Reina; cuando ya la comitiva entera acabando de salir del templo, se ordenaba para regresar a el alcázar, llamó la atención general el confuso rumor del pueblo que abría paso a una persona que apresuradamente venía al encuentro de la Reina. Era ese un moro, vestido según la costumbre de su país, con extraordinaria magnificencia y montado en un caballo andaluz, admirable por su belleza y gallardía: cubría su pecho una coraza en la cual llevaba engastadas razonable número de piedras preciosas; y el puño de la cimitarra, pendiente del costado derecho, así como el de la gumia o daga que llevaba en la cintura, correspondían a la riqueza del resto de su equipo. La persona del moro era la de un hombre de mediana estatura bien configurado: su rostro moreno claro, sus ojos vivísimos, la delicadeza de sus facciones, y sobre todo el bozo apenas naciente que en él se reparaba, descubrían que su edad no podía pasar de dieciocho veinte años. Como Castilla se hallaba en paz con los mahometanos españoles, la venida de uno de estos a León nada tenía de particular.

La Reina misma se volvió hacia el lado de donde venía el rumor, y se paró a admirar la elegancia de la figura y riqueza del vestido del infiel, que habiendo preguntado quién era la Reina, y sabídolo por uno de los circunstantes, saltó con la mayor ligereza de su caballo a tierra, y con sereno y modesto continente se encaminó derecho a ella. Llegado a sus inmediaciones hizo tres reverencias seguidas cruzando los brazos sobre el pecho, e inclinado el cuerpo hasta tocar casi con el suelo con la cabeza; y postrándose a los pies de Doña Urraca: «álzate, moro y dí lo que quieres.—Reina de Castilla, Sultana de la belleza, flor de los Nazarenos, contestó el infiel levantándose: el libro de la verdad dice, que la luz del sol brilla para todos.—Verdad es; pero sed breve o dejad vuestra súplica para momento más oportuno.—Alí, hijo de Hamet, solo viene a pedir a tu justicia un campo en qué lidiar.—Moro, si de alguno de mis vasallos tienes queja, yo te haré justicia.—La afrenta que el noble recibe, solo con la sangre del que se la hizo puede lavarse; y está escrito que Hamet derramará la del traidor que le ultrajó, con la ayuda de Alá y del Santo Profeta.—Bien: nómbrame al menos tu ofensor.—Que la maldición del Profeta caiga sobre su detestable cabeza. Sultana de Castilla, en tu presencia y a la faz de tu pueblo acuso de traidor y desleal, indigno del nombre de caballero, al malvado que los hijos de Nazareno llamáis Conde de Lara.—¡Qué dices, infiel?» exclamó la Reina, más

no pudo continuar, pues las últimas palabras de Alí, pronunciadas en voz elev da, hiriendo los oidos del pueblo, produjeron en la multitud un efecto extraor nario. Lo mismo que la cristalina superficie del Océano si de repente sopla recio huracán, se rompe y divide en enormes montañas de agua que chocándo entre sí causan un pavoroso estruendo, del mismo modo las injurias del moro co tra el Conde de Lara produjeron en el pueblo leonés, o al menos en gran par de él la mayor agitación. Alí volvió el rostro sosegadamente al pueblo; conte pló su agitación con la misma serenidad que si no se tratara de su persona, pareció dispuesto a esperar la resolución de Doña Urraca, que llena de espan no acertaba proferir palabra; los amigos y parciales del Conde de Lara, movid de un espíritu frenético de venganza, empezaron a gritar: «¡muera el perro i »fiel que se atreve a insultar a los ricos-hombres de Castilla!» Y al punto brill ron desnudas más de veinte espadas contra el inalterable Alí. «¡Asesinos! ¡c bardes!» gritó Hernando de Olea desnudando su acero y poniéndose al lado d moro: «conmigo las habrá el que se atreva a tocarle.» El Conde de Candespi también tiró su espada en defensa del agareno, y como es de presumir todos l de su bando hicieron otro tanto: y Alí pudo, escoltado por sus defensores, a la posada del Conde de Candespina, adonde le llevaron para mayor segurida

***

El suceso de Alí había puesto en fermentación todos los espíritus en la cor de Castilla; los dos partidos de Candespina y Lara. Cada caballero corría a casa a armarse y a armar a sus criados; los ciudadanos se retiraban también sus hogares. «Confieso, le decía Hernando al moro, que he admirado vuestra s »renidad, viéndoos rodeado de una multitud de furiosos que clamaban por vue »tra muerte.—La vida de los hombres depende de la voluntad de Dios, contes »el moro, y no hay poder bastante en la tierra para atrasar ni adelantar un m »mento el instante de su muerte.—Y no pensábais, dijo Leonor, no pensábais »la pena que vuestra muerte hubiera causado a vuestra dama, si la tenéis...— »Hermosa cristiana, las dulzuras del amor no me han sido concedidas; pero te »go en cambio una hermana a quien mi muerte hubiera dejado sin amparo.—¿U »hermana? ¿en Granada?—Mi patria es Sevilla; pero mi hermana está en León. »¡Válgame el cielo! En León tenéis hermana. Hernando, si vos quisiérais...— »esposa, dijo Olea, desea tener a vuestra hermana en su compañía. Conceded »esta gracia.—Cristianos, me colmáis de favores.—Dejad eso y marchad a bu »carla.—¿Qué decís? interrumpió el Conde; este caballero no puede salir de aq »sin peligro de su vida; que diga dónde está su hermana, y se irá por ella.» A señaló la posada en que había dejado a su hermana guardada por algunos esc vos; y varios criados del Conde guiados por el negro escudero fueron en su bu ca. Entre tanto no perdonaba medio ninguno la astuta Doña Leonor para sab del moro el orígen de su odio al Conde de Lara: pero éste eludiendo unas p guntas y haciéndose el sordo a otras dejó burlados todos sus ardides, sin que respuesta más directa que dió pasase de decir que el hombre de honor no deb publicar sus afrentas hasta que estuviesen vengadas. Doña Urraca sentada en magnífico trono, situado en una de las extremidades del más suntuso salón d alcázar, rodeada de sus damas y de la mayor parte de la nobleza de Castilla, e peró con un semblante en el cual a su pesar se leía no poco descontento el i tante de recibir al moro, origen inocente de las turbulencias de aquel día, qu no tardó mucho en presentarse acompañado del Conde de Candespina, Hernan de Olea y parciales. «Reina de Castilla, dijo, mi súplica ya la sabes: soy »ble, estoy agraviado; solo vengo a pedir un palenque, en el que con la ay »de Alá, espero recobrar mi honra.—¿Quién te ha ofendido?—El Conde de Lara »¿Cómo puedo yo haberte ofendido, infiel, exclamó Lara, si en mi vida te he »to?—Silencio, dijo la Reina, nadie sea osado a hablar sin mi permiso. Y tú »testa: ¿es cierto que nunca has visto al Conde de Lara hasta hoy?—Nunca »¿Cómo pues te ha ofendido?—¿Cómo? él lo sabe: mi nombre le descubrirá el »cano. Conde de Lara, yo soy Alí, hijo de Hamet.» Todos los ojos se fijaro Lara, a quien este apóstrofe hizo mudar de color; pero sea que no se atrev

faltar a las órdenes de la Reina, contestando sin que ésta se lo mandase, o bien que no quisiera o tuviese que responder, lo cierto es que guardó el más profundo silencio. Doña Urraca despues de haber considerado atentamente a los dos adversarios, se volvió a Alí y le dijo: «Singular es que seas su enemigo sin conocerle: pero al menos nos dirás cuál es la ofensa que te ha hecho.—Cuando Lara no exista la sabrás, Reina.—Moro, recuerda que hablas con la Reina de Castilla, y obedece sus mandatos.—Alá me preserve de faltarte al respeto; pero en tanto que mi ofensor viva, mis labios no pronunciarán nunca el agravio que me ha hecho.—Para que yo consienta el combate debo saber la causa:—Yo reto por traidor y desleal al Conde de Lara en vuestra presencia, damas y caballeros. ¿No basta esto en Castilla para que un noble salga a la palestra?—Y sobra, contestó Candespina: V. A. no puede ya oponerse al combate sin menoscabo de la honra del Conde de Lara mismo.—Callad, exclamó colérica la Reina; callad, y sea esta la última vez que se falte a mis órdenes. En fin, moro, resuelves no comunicarnos de qué acusas al Conde de Lara.—El lo sabe, repito, y si no es un cobarde, recogerá esa prenda;» y al mismo tiempo le arrojó un guante, que cayó a los pies de su enemigo. «Miserable, contestó furioso Lara, cogiendo el guante, tu vida me dará satisfacción.» El Conde de Lara no había manifestado hasta entonces la mayor inclinación a combatir con el moro; pero ya fuese que no pudo resistir a las injurias que Alí le hacía, ya que conociera que su pusilanimidad iba a perderle para siempre aun en la opinión de sus mismos partidarios, lo cierto es, que al coger el guante parecía animado por el noble resentimiento de un hombre de honor cruelmente ofendido. Tanto los caballeros como las damas presentes manifestaron con una especie de aplauso la satisfacción que les causaba el proceder del Conde. Doña Urraca misma permaneció algún tiempo silenciosa y pensativa, contemplando ora a Alí, ora a Lara, que ambos enfrente de ella esperaban con visible impaciencia su resolución; hasta que por fin anunció, que pues el Conde de Lara había recogido la prenda del combate, por no desairarle consentía en que se verificase, y señalaba para que tuviese lugar el octavo día, a contar desde aquel.

***

Mientras que en el alcázar de Burgos pasaban los sucesos que han dado materia al capítulo anterior, la esposa de Hernando de Olea desempeñaba los deberes de la hospitalidad con la interesante hermana de Alí, con una dulzura de que solo las mujeres son capaces. Zulema tendría unos diez y siete años de edad, reuniendo además en su persona todos los dones que puede la naturaleza dispensar a una mujar para cautivar los corazones de cuantos la miren; pero no brillaba su rostro con los vivos colores tan propios de sus pocos años, ni la alegría de la juventud animaba dos ojos negros como el ébano; antes por el contrario, su palidez y lánguido mirar descubrian que su corazón sufría el peso de alguna grave desgracia.

«Mal parece en una niña como vos tanta tristeza: consolaos, y creed que ya que no esté en nuestra mano devolveros lo que tal vez habéis dejado en Sevilla, haremos cuanto esté de nuestra parte para solazaros.—¡Ah señora! respondió casi llorando Zulema, ¡cuán bondadosa eres! pero no repares, te suplico, en mi melancolía que no puedo desterrar...—¿Cómo, a vuestros años puede haber penas tan profundas?—¡Ay! la herida está en el corazón, bellísima cristiana, en un corazón que jamás había padecido, y por eso es mas dolorosa; por lo mismo será eterna.»

Si al principiar la conversación referida, la curiosiaad sola movía a la bella Leonor a inquirir el secreto de sus huéspedes, ya viendo el dolor de la triste Zulema, únicamente la compasión la dominaba; y a la verdad hubiera sido necesario tener un corazón de piedra para resistir a sus lágrimas.

La narración de su triste historia al oir vamos a insertar.

Durante el reinado del padre de Doña Urraca, la comunicación entre moros cristianos, como se ha dicho anteriormente, fué mas común que en ningún otro; esto dió lugar a que visitando Hamet, moro Sevillano, tan opulento como sa-

bio, la corte de Castilla, trabase amistad con D. Gonzalo, Conde de Lara, cu hijo era D. Pedro, de quien tanto hemos hablado en nuestra narración.

Entre los diversos y profundos conocimientos que Hamet poseía, no era de menos importantes el de la medicina; ciencia que en aquellos tiempos puede cirse que era patrimonio exclusivo de los árabes y judíos, que la ejercían aun tre los mismos cristianos.

D. Pedro de Lara se presentó en casa de Hamet, como un año antes de acontecimientos principales de nuestra historia, rico con los dones de la natu leza, y con cierto aire de interesante languidez que inspiraba una compasión fá de convertirse en amor en el alma de una joven, aunque hubiera sido más expe mentada que la inocente Zulema. El moro recibió al noble castellano con la cc tesía y magnificencia con que todos los Orientales ejercen la hospitalidad, y dulzura y flexible carácter de su huésped, le cautivaron de tal modo, que no t dó en tratarle como a un hijo. A poco de estar Lara en Sevilla murió su padre este acontecimiento, obligándole a no presentarse en público, aun las pocas v ces que sus males físicos lo permitían antes de él, hizo que se constituyese a vir enteramente en familia con Hamet y Zulema; pues Alí, hermano de ésta, hallaba a la sazón en Africa con unos parientes. Zulema era quien preparaba salutíferas yerbas que su docto padre recetaba a Lara; Zulema se las administ ba por su mano, y Zulema era quien contínuamente procuraba distraerle de s penas. Al paso que la ciencia del padre le restituía la salud, la belleza nacien el candor, y la amabilidad de la hija inflamaban la sangre del noble castellano la fiebre del amor se apoderaba de todos sus sentidos. Aunque D. Pedro fué sie pre naturalmente vicioso, sin embargo, en la época de que hablamos, no habié dose aún desenvuelto en él el germen de la ambición, conservaba gran parte las sanas máximas que en su esmerada educación se había procurado inculcar y la idea de convertir a Zulema a la religión santa de la Fé le arrebató. Pero conferencias sobre este punto no podían tenerse ni delante de Hamet, ni en p raje en que entrando cualquiera de los comensales de la casa, pudiera sorpre derles en una conversación que, una vez descubierta, podía costarle a Lara cabeza; y por lo escogieron los dos jóvenes el jardín de la casa, delicioso con todos los de la ribera del Betis. Allí a la sombra de los laureles y naranjos respirando un aire embalsamado con el delicioso aroma de la purpúrea rosa y nevado jazmín, oía Zulema atentamente las lecciones de Lara.

»Zulema, la decía, una noche sentados ambos al pie de un copudo y antig »laurel: Zulema, si alcanzas la salud eterna con el bautismo, ¿qué cristiano p »drá creerse más feliz en la tierra que el que sea tu esposo?—Amigo mío, tú s »adulas.—No, Zulema, no te adulo; pero dime: ¿tu corazón no ha palpitado a »por ningún hombre?—¡Ah!—¿Suspiras, Zulema? Tú amas; ¿a quién?—Lara, a »go mío, yo amar...—Sí, tu amas; y tu misma turbación me lo demuestra. »amas, Zulema; un mortal venturoso ha sabido cautivar tu corazón, y yo... ¡in »liz...!—¿Tú infeliz, Lara? ¿por qué?...—Cruel, ¿qué preguntas? Tú eres la cau »de mi tormento.—¿Cómo es posible que yo te atormente, Lara; yo que por »verte padecer un instante daría toda mi extistencia?—Pero tú amas a otro; y »te adoro, dijo enagenado y atrayéndola a sus brazos.—¿Me adoras? contes »Zulema casi sin sentido: ¿me adoras? y bien, yo te idolatro.»

Zulema era esposa de Lara un instante después. El castellano la prodiga las más tiernas caricias, haciéndola mil juramentos, tal vez sinceros entonc de constancia y fidelidad; pero la víctima infeliz perdió desde aquel día el repo y no volvió a recobrarlo jamás.

Lara recobrado enteramente de su dolencia, y satisfecho ya su amor pr con haber triunfado de la virtud de Zulema, aprovechó la ocasión que le ofre los disturbios de su patria para regresar a ella, dejando a su esposa incons ble a pesar de las protestas que la hizo de volver antes de mucho a pedírsela mujer a su padre, pretextando para no hacerlo entonces lo revuelto de los n cios de Castilla.

La infeliz Zulema quedó en Sevilla tan desconsolada como Ariadna

desierto: los días volaban, los meses también, y Lara no parecía ni daba noticia de su persona. Su contínuo padecer atacó su salud; y por otra parte sus relaciones con Lara habían sido demasiado íntimas para que dejaran de manifestarse. El anciano Hamet vió el estado de su hija: adivinó parte de lo sucedido, supo el resto de su boca; y el dolor de la pérdida de su amada hija, y de la honra de su familia, le condujeron en pocos días al sepulcro. Alí, a quien los lectores ya conocen, regresó al seno de su familia precisamente a tiempo de saber la desgracia de su hermana, y de ver exhalar a su padre el último suspiro. Hamet, que conocía la violencia del carácter de su hijo, y su extremado pundonor, le hizo jurar que no maltrataría a la desgraciada joven, cuya falta era bien excusable en sus pocos años. Juró Alí, y cumplió su juramento; pero había prometido respetar a su hermana, mas no dejar impune a su malvado seductor.

***

Lara no era hombre que se atuviera a lamentar su suerte. Resuelto a llegar al mando supremo, los medios le eran indiferentes. Escrúpulos de conciencia no los conocía; y las virtudes eran en su entender nombres vacíos de sentido. Para más alentarle en la carrera del crimen le había deparado la suerte en Lope un hombre capaz de todo lo malo, y que solo en la perversidad se complacía.

«Y bien, Lope, ya sabrás lo ocurrido esta mañana, dijo el Conde.—Nadie lo »ignora en León, señor Conde.—Sí; la cosa ha tenido afortunadamente por tes»tigo a todo el pueblo.—Y los partidarios del Conde de Candespina no se han »descuidado tampoco en publicarla.—La Reina ha señalado ella misma el día, es »imposible mudarlo; y además... además...—No le parece cuerdo al señor Conde »arriesgar su persona y proyectos a un juego tan incierto como el de las armas; »¿no es verdad?—Quizás; a ver si tu fecundo ingenio...—Yo conozco mas que un »medio.—¿Cuál?—Es muy violento.—¿Pero es único?—Sí señor, y seguro.—Pues »dilo.—Que muera Alí.—Marcha, y lo que haya que hacerse cuanto antes.—Será.»

***

Zulema vivía con Leonor. La hermosa mora había encontrado una verdadera amiga en la esposa de Hernando; y doña Leonor por su parte cada día amaba y compadecía más a aquella inocente víctima de la maldad de Lara. Hasta entonces se había visto Zulema precisada no solo a no hablar de sus penas, sino hasta a ocultarlas; pues aunque su hermano Alí la amaba tiernamente, sin embargo, recordarle de cualquier modo que fuese la desgracia y deshonra de su familia, era medio seguro de enojarle; y nada temía más Zulema que apesadumbrar al único protector que en el mundo tenía.

Había ya pasado y con mucho la hora en que Alí acostumbraba a regresar de su paseo, y Zulema procuró en vano disimular su temor, hasta que conociéndolo la esposa de Olea, «no os inquieteis, le dijo, pronto estará Alí de vuelta.—Mi »corazón, bella Leonor, no sabe más que temer desdichas, contestó la mora.

Zulema se aquietó, al menos en la apariencia, y la conversación rodó algún tiempo sobre materias indiferentes; pero los ojos de la mora no se separaban de la puerta, y el mismo Candespina no estaba muy tranquilo tampoco. Mandó ensillar algunos caballos para él, su amigo y varios criados, que en dos tropas diferentes salieron en busca del moro por dos distintas puertas de la ciudad. Hernando rodó en vano largo tiempo por la campiña; pero D. Gómez tardó poco en encontrar el cuerpo de Alí, inmóvil, cubierto de sangre y con todas las señales de la muerte. Sería inútil decir la pena que le causó aquel espectáculo y las sospechas que le hizo concebir porque son fáciles de suponer; y por lo mismo sólo diremos que recogiendo al infeliz moro, marchó con él a su casa.

Viendo el facultativo que Alí trataba de incorporarse y se disponía a hablar, le dijo que era preciso que se estuviera quieto si no quería exponerse a graves riesgos; mas el moro le contestó: «Cristiano, los días del hombre están contados, »y tu ciencia no es bastante a parar el golpe de la espada de Azrael; déjame, »pues, morir en paz; y después dirigiéndose a D. Gómez: Conde, a tí solo y a tu »amigo tengo que hacer una revelación importante.—Despejad, y a nadie se per-

»mita la entrada hasta nueva orden», dijo a sus criados Candespina, y en un m
mento quedó el cuarto vacío. El hijo de Hamet habló por fin de esta manera:

«El tiempo es precioso para mí, caballeros: antes de muchas horas hab
»comparecido en presencia del Padre de los verdaderos creyentes; así no se
»largo. Me habéis visto retar a Lara: ignoráis por qué, y no debo bajar al sep
»cro sin confiaros mi afrenta, tanto en muestra de mi agradecimiento, como pa
»dejar asegurada la suerte de la triste Zulema. El Conde de Lara ha seducido
»mi hermana, violando las leyes de la hospitalidad y abusando de su inocenci
»Yo he venido, continuó Alí, a vengar mi afrenta; el cobarde, desconfiando d
»vencerme, me ha hecho asesinar.—¿Cómo pues lo sabéis? preguntó D. Góme
»—De la boca de los ministros de su crimen. Creían que Alí ya no existía; per
»aún alentaba y conservaba sus sentidos, cuando viéndome caer del caballo un
»de aquellos perversos les dijo a los otros dos: «Esto se ha concluído. Vamo
»por la recompensa prometida por Lope en nombre del Conde de Lara...» le r
»plicó el primero, y no pude oir más porque perdí el conocimiento. Conde d
»Candespina, guardaos de el de Lara o podréis tener mi suerte.—Alí yo os pr
»meto a fe de caballero servir de padre a vuestra hermana si vos morís; y He
»nando...—Yo también lo juro sobre la cruz de mi espada; Zulema será mi he
»mana.—¡Azrael! ¡Azrael! ven cuando quieras, el decreto del destino pued
»ejecutarse ya sin causarme temor.»

Las manos del moro estaban cada una en las de los dos cristianos; Alí reco
tó la cabeza sobre la almohada, pronunció en voz baja algunas palabras en ár
be, que se presumió ser de oración a su falso profeta, y como si la naturaleza n
hubiera aguardado más que a que revelase su secreto para poner término a s
vida, exhaló el último suspiro en brazos de los dos nobles castellanos.

***

La Reina se ocupaba aún en su tocado, la mañana siguiente a la muerte d
Alí, cuando se la anunció que el Conde de Candespina pedía audiencia para él
una enlutada dama que le acompañaba. Y a pocos instantes se presentó ante s
ojos la afligida mora, que para evitar las miradas de la curiosa plebe vistió u
traje negro de su amiga Leonor, y no parecía sino que jamás había llevado otro
Como quiera que sea la Reina saludó graciosamente al Conde con la mano y un
inclinación de cabeza, y en seguida con una mirada, aunque rápida penetrante
examinó a la que le acompañaba. Zulema era hermosa, la Reina mujer, y acos
tumbrada a ser el objeto exclusivo de las adoraciones: así no es de extrañar qu
ver venir a uno de sus amantes con una joven de tan singular belleza causas
en ella cierta sensación desagradable, que como a pesar suyo transpiraba en
manera con que se dirigió a D. Gómez de este modo: «¿Qué nuevo misterio e
»este, Conde de Candespina?—Un misterio horrible, señora; pero la desdichad
»que V. A. ve a sus pies es quien debe hablar, no yo.—¿Y quién es esta dama?—
»Yo soy, dijo sollozando Zulema, yo soy la infeliz hermana de Alí.—¿Del mor
»que ha venido a retar al Conde de Lara?—Sí señora, contestó el Conde, su he
»mana es.—¿Y viene por ventura, volvió a decir doña Urraca, a desafiar por s
»parte a alguna dama de mi corte, o es tal vez a mí?...—Señora, interrumpió co
»notable severidad Candespina: dígnese V. A. oirla hasta el fin, y después m
»parece que verá que esta desdichada merece al menos toda su compasión.—
»Sois un celoso protector de la belleza, Conde. Alzad vos, niña mía; alzad, y e
»plicaos sin melindres ni rodeos.»

Zulema no sabía qué era lo que pasaba por ella. El tono de la Reina, sus m
radas alternativamente irónicas y severas, y la aspereza con que sin causa
trataba, turbaron enteramente a aquella alma cándida e inexperta; pero el Co
de, cuyo carácter no era de temple que pudiese tolerar en su presencia tan
toria injusticia, tomó por ella la palabra, explicándose en los términos siguient

«V. A. me permitirá que sea yo quien la explique la causa del dolor demas
»do justo, demasiado verdadero de esta joven, de cuya veracidad parece que
»Reina duda, aunque sin causa. La desdichada que ve V. A. llora la mue
»de su hermano...—¿Qué decís? ¿Ha muerto Alí?—Sí señora, ha muerto.—

»qué remedio puedo yo dar a ese mal?—Remedio ninguno, interrumpió Zulema, »cobrando aliento; ninguno porque no hay poder humano capaz de darle.—Tú mis»ma lo dices, mora. Te compadezco; mas nada puedo hacer por tí.—Vengarme, »señora, o por mejor decir, hacerme justicia.—¿De qué?—De sus asesinos.—¿De »los asesinos de quién?—De los de mi hermano.—¿Mujer, qué dices? el dolor te ha »trastornado el juicio.—No señora, dijo D. Gómez, no ha perdido el juicio. ¡Oja»lá se engañase! pero Alí ha muerto asesinado.—¿Vos también, Conde?—Años »ha, señora, que V. A. me conoce, y debe saber que el Conde de Candespina no »ha faltado jamás a la verdad.—¡El me valga! ¿Con que asesinado decís?—¡Ase»sinado! ¡asesinado! exclamó dolorosamente Zulema: yo he visto las profundas »heridas de su pecho: su sangre me cubre aún. Justicia, Reina de Castilla, justi»cia.—Sosiégate, infeliz; sosiégate, respondió doña Urraca visiblemente enter»necida, y habla: ¿quien le ha muerto?—Lo ignoro.—¿Cómo pues se sabe que fué »asesinado? Conde, explicádmelo.» El Conde refirió a la Reina el suceso de la muerte de Alí, omitiendo sin embargo la revelación hecha por el moribundo con respecto a Lara, en virtud de las razones que se han dicho. Doña Urraca le escuchó atentamente, y después volviéndose a Zulema le preguntó: «¿Tenía tu di»funto hermano algún enemigo en León?—Sí señora, contestó la mora, uno y »muy poderoso.—¿Quién es?—El Conde de Lara.—¡Virgen Santísima! ¿Cómo »puede ser el Conde su enemigo si no le conocía siquiera?—Jamás había Lara »visto a Alí hasta que vino a vuestra corte; pero la desgraciada Zulema, señora, »no le es desconocida.—No eran pues infundadas mis sospechas, tú has sido la »causa...—Sí lo he sido, aunque inocente.—¡Traidor!... Al momento refiéreme »cuanto haya pasado entre los dos.»

Zulema se vió en la precisión de referir de nuevo la historia de sus tristes amores a doña Urraca, a quien sola la presencia del Conde de Candespina era capaz de contener para que no prorrumpiera en amargas quejas contra el de Lara por haberla engañado. Así que la hermana de Alí terminó su breve y dolorosa narración, «yo he de apurar, dijo, la verdad de este asunto. Pasad, Conde, con »esta niña a la cámara inmediata, y esperad allí mis órdenes.»

***

El Conde logró tomar un aspecto bastante sereno para comparecer ante Doña Urraca, quien por su parte también se esforzaba para disimular su enojo.

«Os he llamado, Conde, le dijo, para daros una noticia que va sin duda a sor»prenderos; vuestro contrario Alí ha perecido ayer a manos de unos asesinos »muy conocidos.—Acabo de saber, Señora, tan desagradable acontecimiento, y »puedo asegurar a V. A. que a pesar de todo...—Estoy persuadida de que el »Conde de Lara es incapaz de alegrarse de semejante maldad; pero dejando esto »aparte, sed franco: ahora que ese moro no existe, ¿no me diréis qué motivos... »—Mil veces he dicho a V. A., y lo repito ahora bajo juramento, que nunca había »yo visto a ese joven hasta que en presencia de V. A....—Sí, eso puede ser ver»dad: y sin embargo también sin verle pudiérais haberle agraviado.—Pudiera »ser, Señora.—Conde, confesad francamente a vuestra Reina qué causa hizo al »joven Alí, vuestro enemigo. Conde, habéis sido siempre tan rendido con las da»mas que me parece probable que algún amorío...—¡Qué delirio, Señora! Mi co»razón no ha amado mas que una sola vez, y esa con harta desgracia.

Doña Urraca hizo seña a una dama de su servidumbre que allí estaba y esta salió inmediatamente de la cámara. Entonces abandonando la Reina el aire de fría tranquilidad que hasta aquel punto había afectado, se levantó de su asiento y empezó a pasearse apresuradamente por la sala con admiración de Lara: hasta que abriéndose la puerta se presentó a los ojos del asombrado Conde la misma Zulema: pero vestida con el traje propio de su nación.

Lara al verla creyó que el universo entero se desplomaba sobre su cabeza, y exclamó involuntariamente: «¡Zulema, tú aquí!» La Reina se había parado en medio de la cámara, y con ojos centelleantes de furor consideraba al pérfido Conde que aterrado no se atrevía a separar la vista del suelo.

«¿Tampoco, dijo la Reina por fin, tampoco habréis visto a esa joven antes de

«ahora? Conde de Lara, responded: ¿qué se ha hecho vuestra elocuencia? ¿Per»juro, no decías que no habías agraviado nunca al infeliz Alí? Responde.»

Lara no podía articular una palabra, tal era su espanto; Zulema, temerosa, se había quedado a la puerta de la cámara derramando copiosas lágrimas, que regaban sus descoloridas mejillas; y Doña Urraca que ya no pensaba en enfrenar su enojo continuó diciendo: «No os atreveis a responderme; pues bien, preparaos »a sufrir el castigo que merece quien engaña a su Reina. Venid, Conde de »Candespina; venid y encargaos de este caballero que confío a vuestra guarda. »Zulema, ya veis que soy justa. Mañana será Lara vuestro esposo o perecerá en »un cadalso. ¿Queréis más?-No Señora. Quédese libre el Conde de Lara, su cora»zón no es mio, y aunque lo fuera yo no podria ya mirar sin horror al que ha causado »la muerte de mi padre y la de mi hermano y con ellas mi eterno dolor. Yo he ven»do solo a pedir a V. A. justicia contra los asesinos del desdichado Alí; si puede »averiguarse quienes son.-Y la obtendréis como llegue a conocerlos. Conde lleváos »al preso.-¿Querrá V. A. dijo Candespina, escuchar una súplica?-Decid presto.— »Pues bien Señora yo ruego a V. A. que el Conde de Lara quede en libertad. Su con»ciencia, el enojo de V. A. y el menosprecio de todos los buenos harto castigo son »para un noble.—Y yo, añadió Zulema, yo uniré también mis ruegos a los de »este generoso caballero. Piedad, señora.» Las lágrimas inundaron los ojos de Doña Urraca, y después de un breve rato de meditación, volviéndose a Lara le dijo: «salid de mi presencia, y no os volváis a presentar sin mi orden, y luego se»ñalándole al Conde de Candespina añadió: este es vuestro enemigo, procurad imitarle.»

Lara confuso y desesperado se retiró; y D. Gómez iba a hacer lo mismo con Zulema, mas doña Urraca los detuvo. La generosidad del Conde y la perfidia de su rival la habian abierto los ojos por fin, y resolvió premiar en aquel mismo instante los servicios y constancia de su libertador dándole la mano de esposa. Sin embargo, fiel a su primer proyecto de no dividir el trono con nadie, se lo hizo saber así al Conde; pero éste, lleno de amor y enajenado de júbilo, respondió «yo, señora, amo a doña Urraca, no a su trono; mi gloria será después de ser su »esposo, como lo es ahora la de ser su vasallo más fiel.»

Pocos días después del de la escena referida recibió Zulema el bautismo, sien do sus padrinos el Conde de Candespina y doña Leonor, e inmediatamente tom el velo de novicia en uno de los conventos de León, donde a su debido tiemp profesó, siendo los pocos años que sus penas la dejaron vivir, un modelo de vi tud, dulzura y paciencia.

El leal, el valiente, el virtuoso Conde de Candespina vió colmados sus deseo con la posesión de la mano de la Reina de Castilla. Su matrimonio se verificó e el Oratorio del alcázar en presencia de Hernando, su esposa, D. Diego López algunos fieles partidarios, quedando secreto por entonces. Doña Urraca quer tener un esposo, pero no un dueño; y el Conde, sobre no ser ambicioso, conoc que en aquellas circunstancias, aun los mismos que como ministro eran sus pa ciales, se convertirían tal vez en enemigos si veían brillar en su frente la di ma de los godos. Continuó viviendo en la corte el Conde de Lara por un resto vanidad que no le permitía retirarse de ella, como sin duda hubiera debido hac lo; y D. Gómez era demasiado generoso para hacerle sentir el peso de su pode Lejos pues de tratarle con aspereza le manifestaba más agrado acaso del justo y contenía con su ejemplo a muchos, que sin él, hubieran tomado cruelísima ve ganza deagravios recibidos en otro tiempo.

Sólo Hernando era quien no podía resolverse a dirigirle la palabra jamás; por deferencia a su amigo huía las ocasiones de encontrarle. «Paréceme, decía »su esposa, que veo siempre sus manos teñidas en la sangre del desventurado »Alí. Asesino es la primera palabra que se me ocurre decirle, y asesino tambi la última. Por fin Lara, perseguido por los remordimientos, despreciado de su enemigos y abandonado de los que en su privanza le manifestaban más afecto vivía infeliz y miserablemente.

FIN